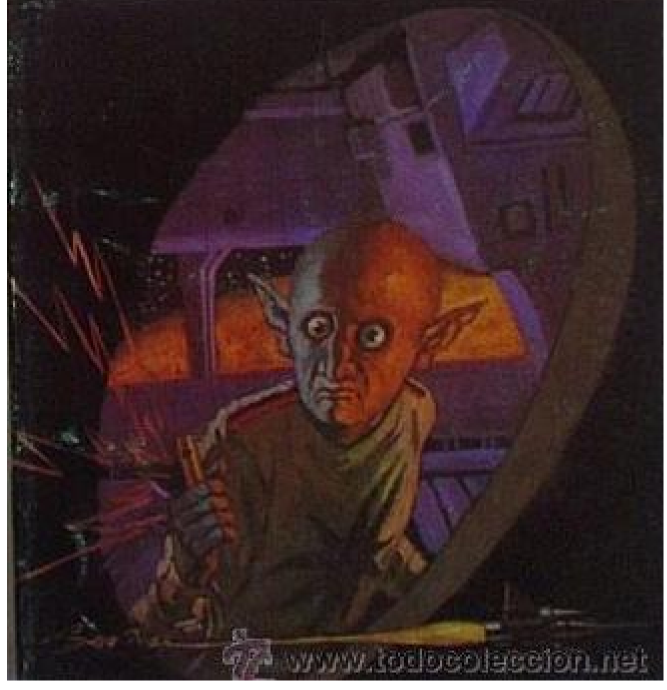


EL LOCO DE LA GALAXIA

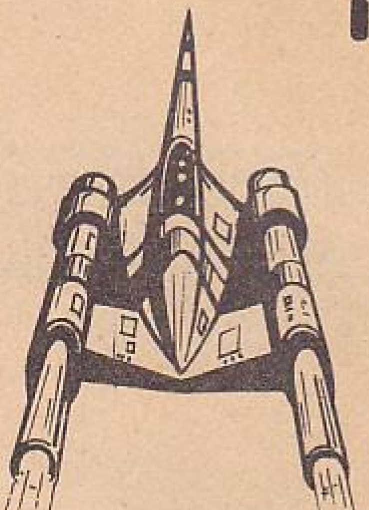
Joseph Berna

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO
BOLSILIBROS BRUGUERA
EL LOCO DE LA GALAXIA
Joseph Berna
CIENCIA FICCION


www.todocoleccion.net





La conquista del ESPACIO

JOSEPH BERNA
EL LOCO DE LA GALAXIA

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 615
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES • CARACAS • MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

610 — No somos dioses - *Ralph Barby.*
611 — Seres superiores - *Lou Carrigan.*
612 — La gran invasión - *Adam Surray.*
613 — Los últimos inmortales - *Curtis Garland.*
614— El capitán Aventura - *Glenn Parrish.*

Depósito legal: B. 10.708-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.* edición: mayo, 1982
1.a edición en América: noviembre, 1982

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
Parets del Vallés (N-152, Km
21,650) Barcelona - 1982

CAPITULO PRIMERO

Zoltano.

Uno de los muchos planetas habitables de la Vía Láctea. Un mundo pequeño, pero sencillamente maravilloso.

El más hermoso de la galaxia, en opinión de muchos.

Quizá, por eso, era el más solicitado en las agencias de viajes espaciales, tanto de la Tierra como del resto de los planetas habitados.

Los hoteles de Zoltano se hallaban siempre al completo, y había que hacer las reservas de habitaciones con mucha antelación.

Eric Rischer lo había hecho así, y ahora podía disfrutar de sus vacaciones en el bello planeta. Se hallaba instalado en uno de los mejores hoteles de Zoltano, en el que no faltaba de nada.

En especial, chicas bonitas.

Las había en cantidad.

Eric Rischer lo pudo comprobar en cuanto bajó a la piscina, en bañador y con una toalla sobre el hombro izquierdo. En la mano derecha, portaba una pequeña bolsa, en la que guardaba los cigarrillos, el encendedor y otros objetos personales.

Tras echar una larga ojeada a su alrededor, Eric Rischer caminó por el bien cuidado césped y ocupó una tumbona libre.

No fue casualidad, desde luego, que la de al lado estuviese ocupada por una atractiva muchacha de cabellos dorados como el oro, muy largos y brillantes.

Eric se había fijado en la chica, y como le gustó una barbaridad, decidió instalarse junto a ella, diciéndose que podía ser su primera conquista en Zoltano.

La hermosa muchacha no le vio ocupar la tumbona de al lado, porque tenía los ojos cerrados. Se le podían conceder unos veinticuatro años, y poseía un cuerpo escultural, perfecto desde la cabeza hasta los pies.

Eric Rischer contaba veintinueve años, y era un tipo alto, de fuerte constitución, pelo negro y ensortijado, bien parecido. Se sentía orgulloso de su cuerpo de atleta, especialmente porque le ayudaba a ligar con mujeres guapas.

Instalado ya en su tumbona, Eric se dedicó a estudiar de cerca la espléndida anatomía de la muchacha rubia, aprovechando que ella continuaba con los ojos cerrados, recibiendo la agradable caricia de los rayos que sobre Zoltano proyectaba la estrella que daba luz y calor al pequeño planeta.

El estudio de Eric fue poco menos que completo, pues la joven llevaba puesta la pieza inferior de un minúsculo bikini plateado, que apenas cubría su triángulo íntimo.

Aquello, en el año 2185, era muy corriente, y ya nadie se sorprendía de ver a las mujeres bañarse o tomar el sol con los pechos al aire. Incluso las había que lo hacían completamente desnudas, y nadie se escandalizaba por ello.

No era, desde luego, el caso de la chica rubia, pues poseía unos senos magníficos. Y allí fue donde más tiempo permanecieron clavados los ojos de Eric, escrutando cada centímetro de suave y tersa piel, acariciándola con la mirada.

De pronto, la muchacha abrió los ojos y sorprendió a Eric contemplando sus pechos.

—¿Qué mira usted? —
preguntó, enfadada.
Eric respingó.
—Disculpe, no era mi intención molestarla.
—No me gustan los mirones; así que lárguese o tendré que largarme yo.
—Por favor, yo no soy un mirón.
—¿Ah, no...?
—Le doy mi palabra.
—Puede que yo le dé otra cosa.
—¿El qué?
—
¡Una
bofetada!
Eric
tosió.
—Verá, llegué anoche a Zoltano, y no conozco a nadie. He venido de vacaciones, y me gustaría hacer amistad con alguien.
—No será conmigo —repuso la joven.
—¿Por qué? Ya le he dicho que no soy un mirón. Fíjese bien en mi cara. ¿Le parece que tengo cara de eso...?
—No sé si tiene cara de mirón o no, pero yo le sorprendí con los ojos fijos en mi busto.
—No hacía más que admirar la belleza y perfección de sus senos, se lo aseguro. Si hubo algún sucio pensamiento en mi cerebro, que me caiga un rayo encima y me fulmine.
—No puede caerle un rayo, porque no hay tormenta.
—Bueno, pues que me caiga una maceta y
me triture el cráneo. La muchacha rubia
reprimió una sonrisa.
—Olvídeme, ande.
—Imposible, después de haberla conocido.
—Si empieza a piropearme, me largo.
—No, por favor. No quiero que se vaya. Si lo prefiere, miraré hacia otro lado, pero no me prive de su compañía.
—¿Por qué no se da una zambullida en la piscina?
—Me bañaré cuando se bañe usted.
—No me espere, yo aún tardaré.
—No importa, no tengo ninguna prisa —sonrió
Eric, abriendo su bolsa. Extrajo los cigarrillos y el
encendedor.
—Mi nombre es Eric; Eric Rischer —se presentó.
—Nadia
Hagen —

dijo la
joven. Eric
le ofreció
sus
cigarrillos.
—¿Le apetece fumar, Nadia...?
—Bueno.
Eric esperó a que la muchacha cogiera el cigarrillo y se lo pusiera en los labios, rosados y húmedos. Entonces, accionó el encendedor y le acercó la llama.
Nadia encendió el cigarrillo y soltó una bocanada de humo.
—Gracias.
—No hay de qué —sonrió Eric, y se llevó un cigarrillo a los labios, prendiéndole fuego también.
—Yo también llegué ayer a Zoltano —informó la joven.

—¿De veras?
—Sí.
—¿De dónde procede usted, Nadia?
—De la Tierra.
—Yo estoy trabajando en Júpiter. Soy ingeniero espacial. como le dije antes, me dieron las vacaciones y he venido a pasarlas en Zoltano.
—Ingeniero espacial, ¿eh?
—Sí.
—Entonces, no puede ser un sucio mirón.
—Claro que no.
—Lamento las cosas que le dije, Eric.
—Olvídelo. Nos hemos hecho amigos, y eso es lo que importa. Porque somos ya amigos,
¿verdad?
—Sí, no puedo rechazar la amistad de todo
un ingeniero espacial. Eric Rischer rió.
—¿Trabaja usted, Nadia?
—Sí, no paso de renta.
—¿A qué se dedica?
—Soy secretaria particular.
—Envidio a su jefe.
—No lo envidie, porque es bajo, gordo, y está a punto de
cumplir los cincuenta años. Eric volvió a reír.
—Tiene razón, no debo cambiarme por él. Sin embargo, sigo pensando que es un tipo afortunado. Tenerla a usted cerca, todos los días, es una suerte.
—Es usted muy amable, Eric, pero creo que exagera.
—Que voy a exagerar. He conocido muchas mujeres, pero ninguna tan hermosa y tan encantadora como usted, Nadia.
—No creo que sea verdad, pero le doy las
gracias de todos modos. Eric Rischer le dio
una chupada al cigarrillo y preguntó:
—¿Su jefe está en Zoltano, Nadia?
—No, quedó en la Tierra.
—Entonces, se trata de un viaje de placer.
—Sí, estoy de vacaciones. Como usted, Eric.
—¡Fantástico!
—Se alegra, ¿eh?
—Muchísimo. Vamos a pasar unas vacaciones inolvidables, Nadia. Yo, desde luego, prometo hacer todo lo posible para que se sienta usted feliz.
—¿Tengo que prometer yo lo mismo?
—No es necesario, porque yo ya me siento feliz, Nadia. Me basta

con su sola presencia.

—A galante, desde luego, no le ganarán muchos.

—¿Nos tuteamos, Nadia?

— Sí, será mejor. Eric sugirió:

—¿Nos zambullimos ya, Nadia?

—Bueno. Se pusieron los dos en pie. Eric cogió de la mano a Nadia.

—¿Vamos?

—Sí —respondió ella, sonriente.

Se pegaron una carrerita por el magnífico césped y se lanzaron a la hermosa piscina como dos chiquillos ansiosos de jugar en el agua. Lamentablemente, Eric y Nadia no iban a poder jugar en el agua, ni como chiquillos ni como adultos, porque en la piscina iban a suceder cosas tan increíbles como aterradoras.

CAPITULO
II

La temperatura del agua era la ideal, ni demasiado fría ni demasiado caliente. Su transparencia, además, permitía a los bañistas contemplarse mutuamente bajo el agua.

Eso hicieron Eric Rischer y Nadia Hagen, antes de emerger.

Así, con sus rubios cabellos flotando en el agua, Nadia parecía una diosa de las profundidades, hermosa, deseable, excitante...

Eric sintió deseos de abrazarla, de acariciar su maravilloso cuerpo, prácticamente desnudo, de tener entre sus manos los preciosos senos de la muchacha, que también oscilaban bajo el agua, como reclamando todo tipo de besos y caricias.

Nadia pareció adivinar las intenciones de Eric, pues tomó impulso y se fue para arriba, no sin antes dedicarle una picara sonrisa.

Eric sonrió a su vez y emergió también.

Y fue precisamente entonces, al asomar ambos en la superficie, cuando tuvo lugar el primer hecho sorprendente y carente de toda lógica.

El agua de la piscina, tan deliciosa hasta entonces, se tomó repentinamente fría. Helada, más bien.

Amenazando convertirse en hielo puro.

Los hombres y mujeres que se estaban bañando en ella comenzaron a tiritar, mientras se miraban unos a otros con gesto de absoluta estupefacción, pues nadie comprendía lo que estaba ocurriendo.

Zoltano era un planeta cálido, allí nunca bajaba la temperatura de los 20 °C, jamás hacía frío.

Y, lo más curioso del caso, es que en aquellos momentos tampoco lo hacía. Fuera de la piscina, la temperatura era tan agradable como antes de que Eric y Nadia se zambulleran.

Los clientes del hotel seguían echados en sus tumbonas, semidesnudos, recibiendo la caricia de los rayos solares.

¿A qué demonios, pues, se debía aquel súbito y terrible descenso de la temperatura del agua de la piscina...?

—¡Me estoy quedando congelada, Eric! —gritó Nadia Hagen.

—¡Y Yo!

—¿Qué diablos está

sucediendo?
—¡No tengo la menor idea, Nadia!
—¡Salgamos de la piscina, Eric, o nos convertiremos en dos bloques de hielo!
—
¡Sí, vamos!
Nadaron ambos hacia el dique de la piscina.
Lo hicieron torpemente, pues tanto sus extremidades superiores como las inferiores estaban rígidas a causa de la bajísima temperatura del agua.
El resto de los bañistas tenían el cuerpo igualmente entumecido, y no les resultaba fácil moverse sobre el agua en esas condiciones.
De repente, la extraña situación dio un cambio total.
El agua, tan helada en aquellos momentos, comenzó a subir de temperatura y alcanzó

rápidamente los 30 °C, superando incluso el nivel térmico que tenía antes de que se produjese el brusco descenso.

Ni que decir tiene que los bañistas agradecieron infinitamente el hecho, pues ahora encontraban el agua incluso caliente, lo que ayudó no poco al desentumecimiento de sus cuerpos.

Ya nadie quería salir de la piscina.

Estarían mucho mejor en el agua que fuera de ella. Todos se friccionaban el cuerpo, alborozados.

—¡El agua se ha vuelto caliente, Eric! —exclamó Nadia Hagen.

—¡Es cierto!

—¿Qué habrá pasado?

—¡No lo sé, pero todo esto es muy extraño!

—¿No tienes ninguna explicación lógica, Eric?

—Por el momento, no.

—Estoy reaccionando, menos mal.

—También yo. ¿Quieres que masajee tu espalda, Nadia?

—Si me prometes no cruzar los límites de lo que se entiende por espalda...

—No los cruzaré, puedes estar tranquila —sonrió Eric. Nadia le ofreció su espalda.

Eric se la masajeó con habilidad, procurando no bajar demasiado sus manos ni acercarlas a los senos de la muchacha, lo que le supuso un gran sacrificio.

—¿Te

sientes mejor, Nadia?

—Sí, mucho mejor —respondió ella, mirándole por encima del hombro.

—Ya ves que no intento aprovecharme.

—Es verdad.

—Si cruzo los límites de tu preciosa espalda, será por puro accidente.

—Eres un experto masajista, Eric.

—Gracias.

—Has practicado mucho, ¿verdad?

—Bastante.

—Son mi especialidad.

—Creí que tu especialidad era la ingeniería espacial.

—Bueno, es mi profesión. Los masajes los doy en mis ratos libres.

—Ya.

—¿Me permites que masajee también tus piernas?

—No.

—¿Por qué? Te estoy demostrando que soy de fiar.

—Sí, pero no me conviene que me des más masajes. Estoy sintiendo ya un excesivo calor en todo el cuerpo.

—Es curioso,

también yo lo siento.

—¿De veras?

—Sí, y creo que es el agua. Está subiendo de temperatura, ¿no lo notas?

—Pues, ahora que lo dices... Yo creía que era debido a tus hábiles masajes, pero tienes razón, el agua está ahora más caliente que antes.

—Esto no me gusta nada, Nadia. Salgamos cuanto antes de la piscina. Si el agua sube tanto de temperatura, como antes bajó, nos freiremos como calamares.

La muchacha se asustó.

—Tienes razón, Eric. Es mejor salir.

Como se hallaban muy cerca del dique, lo alcanzaron en seguida y salieron de la piscina. Lo hicieron muy a tiempo, pues el agua experimentó una repentina subida de temperatura, de más de 15 °C, y se hizo ya imposible resistirla.

Los bañistas empezaron a chillar, porque se abrasaban, y trataron de salir de la piscina a toda prisa.

Nadia Hagen adivinó lo que sucedía y gritó:

—¡Se están cociendo vivos, Eric!

—¡Ayudémosles a salir del agua, Nadia!

Eric Rischer se arrodilló junto al dique y tendió su brazo a una mujer morena que chillaba como una posesa.

—¡Agárrese de mi mano, rápido!

La mujer, joven y hermosa, se cogió de la mano de Eric como un náufrago a un madero, pero sin dejar de gritar.

Eric tiró con fuerza de ella y la sacó del agua como un pescador saca una trucha, dejándola caer sobre el verde césped que rodeaba la piscina.

La mujer, que se había estado bañando completamente desnuda, comenzó a retorcerse sobre el césped, estremecida de dolor, porque la altísima temperatura del agua de la piscina le había levantado ampollas por todo el cuerpo.

Eric Rischer, horrorizado, se aprestó a sacar otro bañista de la piscina.

Nadia Hagen estaba ayudando a otra mujer, pelirroja, de unos treinta años de edad, que también chillaba como loca. Y con razón, pues su esbelto cuerpo, cubierto sólo por la pieza inferior de un bikini dorado, presentaba tantas ampollas como el de la mujer morena.

Ahora, ya no eran sólo Eric y Nadia los que ayudaban a los bañistas a salir de la piscina, sino todos los clientes del hotel que se encontraban en el jardín, tomando el sol.

Los chillidos de los bañistas habían llamado la atención de todo el mundo, y la iniciativa de Eric y Nadia fue rápidamente seguida.

Gracias a ello, no murió nadie abrasado en la piscina, aunque varios hombres y mujeres presentaban quemaduras muy serias en sus cuerpos. El espectáculo era realmente

escalofriante.
No menos de una veintena de personas habían sufrido las terribles consecuencias de aquel inexplicable suceso, y gimoteaban sobre el césped.
Los más afectados lloraban a lágrima viva y se contorsionaban, desesperados, porque el sufrimiento era espantoso, incapaz de soportar.
El personal del hotel
ya se estaba
moviendo. Alguien
avisó al Centro
Médico.
Mientras acudían los sanitarios con sus aeroambulancias, para trasladar a los afectados al centro hospitalario, el médico del hotel se esforzó por aliviar a los que más estaban sufriendo, ayudado por los empleados y por los propios clientes.
Eric Rischer y Nadia Hagen fueron de los que más colaboraron con el médico del hotel, tal

vez porque sabían que ellos dos habían estado a punto de correr la misma suerte.
Un par de minutos más en el agua, y ahora sus cuerpos estarían llenos de dolorosas ampollas.
Nadia se había puesto una corta bata de baño, cubriendo la desnudez de su torso.
Las ambulancias aéreas llegaron y los sanitarios se hicieron cargo de todos los afectados, trasladándolos urgentemente al Centro Médico.
El gerente del hotel, muy impresionado, no sabía cómo explicar lo sucedido en la piscina. En realidad, nadie encontraba una explicación lógica.
Sólo una persona sabía lo que había pasado.
Y lo sabía porque él había sido el causante de todo.
Se llamaba Magath, y los que le conocían le llamaban también El loco de la Galaxia.

CAPITULO
III

Eric Rischer y Nadia Hagen se encontraban en la habitación de ésta última, tomando sendas copas de un licor fuerte.
Lo necesitaban, después de lo ocurrido en la piscina.
Estaban sentados en una especie de diván, y apenas hablaban, ensimismados ambos recordando el dramático suceso.
Eric movió la cabeza y miró a Nadia, cuya mano tomó con la suya, oprimiéndola suavemente.
Ella le miró a su vez, en silencio.
Eric acercó su rostro al de la muchacha y la besó en los labios, con ternura.
—¿Por qué me besas? —preguntó ella.
—Me apetecía.
—No mientas, Eric. Lo has hecho porque me ves preocupada. Tan preocupada como tú. Con tu beso, intentas hacerme pensar en otra cosa. Pero es inútil. No puedo olvidar lo que pasó en la piscina. Y tú tampoco puedes.
Eric Rischer suspiró.
—Tienes razón, Nadia. Es difícil olvidar lo que sucedió. Fundamentalmente, porque nadie sabe qué lo motivó. El agua de la piscina volvió a su temperatura normal poco después de que sacáramos al último bañista. Es increíble que el agua de toda una piscina pueda enfriarse o calentarse en tan poco tiempo. Imposible, diría yo. Lo ocurrido no tiene explicación.
—No, no la tiene. Pero lo cierto es que una veintena de personas se hallan internadas en el Centro Médico, con el cuerpo relleno de ampollas, sufriendo horriblemente. Y nosotros nos libramos por un pelo.
Eric le apretó la mano con algo más de fuerza.
—Tuvimos

suerte, Nadia.

—Sí, mucha suerte —murmuró la muchacha.

—El hecho de que ese extraño fenómeno se produjera cuando en la piscina había tantas personas bañándose, me da mala espina, ¿sabes?

—¿Qué quieres decir?

—Sospecho que fue deliberado.

—¿Deliberado...?

—Juraría que sí. Y prueba de ello es que, cuando ya no quedaban bañistas en la piscina, el agua recobró rápidamente su temperatura normal.

—Pero, ¿quién pudo hacer una cosa así...? ¿Y cómo? ¿Y por qué? Eric Rischer movió la cabeza.

—No lo sé, Nadia. Tal vez alguien esté intentando desprestigiar este hotel. Después de lo de hoy, desde luego, muchos se lo pensarán dos veces antes de alojarse en él. En cuanto a la piscina, pasará mucho tiempo antes de que la gente se decida a bañarse de nuevo en ella, por temor a que el fenómeno se repita.

—¿De veras piensas que puede tratarse de un sabotaje...?

—Es posible, sí.

—Pero, antes dijiste que es imposible calentar o enfriar el agua de toda una piscina en tan poco tiempo, y yo estoy de acuerdo contigo.

—Bueno, es imposible empleando los métodos que podemos considerar normales, pero no hay que olvidar que nuestra tecnología es cada vez más avanzada. Continuamente se están inventando máquinas y aparatos capaces de lograr cosas increíbles. Supongamos, por ejemplo, que el saboteador dispone de un ingenio electrónico capaz de enviar, desde larga distancia, una especie de rayos invisibles que lo mismo provocan un frío intenso que un calor insoportable, según esté regulado el aparato. El saboteador eligió como objetivo la piscina del hotel, envió unos cuantos rayos gélidos, y el agua se enfrió tanto que casi nos convertimos todos en estatuas de hielo. Después, envió rayos caloríficos y el agua se calentó tanto que abrasó la piel de los bañistas. Logrado su objetivo, el saboteador rebajó la temperatura del agua hasta dejarla normal, como estaba antes de que él empezase a manejar su maldito aparato.

Nadia Hagen, admirada, comentó:

—¿Sabes que tu hipótesis es muy convincente, Eric?

—Gracias por opinar así.

—Debes ser un magnífico ingeniero espacial, eres terriblemente inteligente.

—Y tú terriblemente bonita —repuso Eric, besando de nuevo los sonrosados y brillantes labios de Nadia.

Ella no tuvo inconveniente en devolverle el beso.

Después, preguntó:

—¿Qué piensas hacer, Eric?

—Todo lo que tú me permitas —respondió él, acariciándole los sedosos muslos.

—No me refería a eso, y tú lo sabes.

—Te referías a mi hipótesis, ¿verdad?

—Sí.

—Hablaré con el gerente del hotel y le expondré mi teoría, a ver qué opina. Pero, antes, tendré que ir a mi habitación y ponerme alguna ropa. Sigo en bañador, y así no estoy presentable.

—Yo también tendré que vestirme.

—No tengas prisa.

—¿Por qué?

—Me gustas mucho como vas ahora.

—¿En bata de baño o sin ella?

—Sin la bata, todavía más.

—Pues no pienso quitármela.

—No importa, me colaré por debajo.

—Frena esa mano, Eric.

—¿Es que no te gusta que te acaricie, Nadia?

—Me gusta, pero no es el momento.

—¿Por qué?

—Tienes que ir a ver al gerente del hotel.

—Puedo ir después.

—No, vas a ir en seguida. Si es cierto que lo ocurrido en la piscina fue provocado por un

saboteador, interesa descubrirlo cuanto antes, porque puede actuar de nuevo.

—Tienes razón, Nadia. Supone para mí un gran sacrificio separarme de ti, pero el deber es antes que el placer.

—Me alegra que estés de acuerdo.

—De todos modos...

—¿Qué?

—Bueno, estoy pensando que no se agravara la situación porque te dé otro beso y te acaricie un poco más. ¿No te parece?

—Venga el beso, pero olvídate de las caricias. No se debe encender una hoguera cuando no se dispone del tiempo suficiente para apagarla. Entiendes lo que quiero decir, ¿verdad?

—Te explicas como un libro abierto, nena —sonrió Eric, y selló la preciosa boca de Nadia con un largo y apretado beso.

A pesar de la advertencia de la muchacha, Eric deslizó su mano por la abertura de la bata de baño y alcanzó los prietos senos femeninos, acariciándolos expertamente.

Por un momento pareció que Nadia iba a protestar, pero las hábiles caricias de Eric la hicieron desistir y siguió recibiéndolas, entre dulces estremecimientos de placer.

Eric interrumpió el beso y la miró a los ojos.

—Es maravilloso estar contigo, Nadia —susurró.

—Te dije que te olvidaras de las caricias, Eric —recordó ella, reprimiendo un gemido de gozo, porque la mano masculina seguía sobre su busto.

—Me fue imposible, te lo aseguro.

—Pues la hemos hecho buena.

—¿Por qué dices eso?

—¿Recuerdas que te hablé de una hoguera...?

—Sí.

—Empiezo a sentir la llama del deseo en lo más profundo de mi ser, y tú no tienes tiempo para apagarla.

—¿Quieres que avise a los bomberos?

—Muy gracioso —gruñó la joven. Eric rió y la besó. Después, dijo:

—Estaré de vuelta en unos minutos, te lo prometo.

—La llama se habrá apagado.

—Haré que brote de nuevo, no te preocupes. Soy un especialista avivando esa clase de fuegos.

—Estoy viendo que tú eres especialista en muchas cosas. Eric rió de nuevo y dijo:

—Me gustas con locura, Nadia.

—Anda, ve de una maldita vez a hablar con el gerente del hotel. Y, como no vuelvas pronto te estrangulo.

—Lo antes que pueda, cariño —respondió Eric, y la besó una vez más. Después se levantó y abandonó rápidamente la habitación de Nadia.

*
*
*

Alvaro Umetelli, el gerente del hotel, se encontraba en su despacho, acompañado de Bronista Woronin, el médico que prestara los primeros auxilios a los afectados por la brutal subida de temperatura del agua de la piscina.

Con la preocupación reflejada en sus rostros, los dos hombres hablaban del increíble suceso y de las consecuencias que el mismo podía traer para el hotel.

Ambos estaban de acuerdo en que serían negativas, especialmente si no conseguían averiguar las causas de lo sucedido y dar una explicación lógica a los clientes del hotel.

De pronto, llamaron a la puerta.

El gerente tomó su mando de control remoto y lo accionó, sin levantarse de su sillón. El médico del hotel también estaba sentado, frente a la mesa de Alvaro Umetelli.

La puerta se abrió con suavidad, dando paso a Eric Rischer.

—¿Señor Umetelli...? ¿Doctor Woronin...? —los saludó a los dos.

—Hola, señor Rischer —sonrió levemente el gerente, accionando de nuevo el mando, para que la puerta se cerrara.

—Siéntese, señor Rischer —rogó el médico.

—Gracias —sonrió Eric, ocupando el otro sillón que había frente a la mesa de Umetelli—. ¿Se sabe ya algo sobre...? —preguntó. El gerente movió la cabeza.

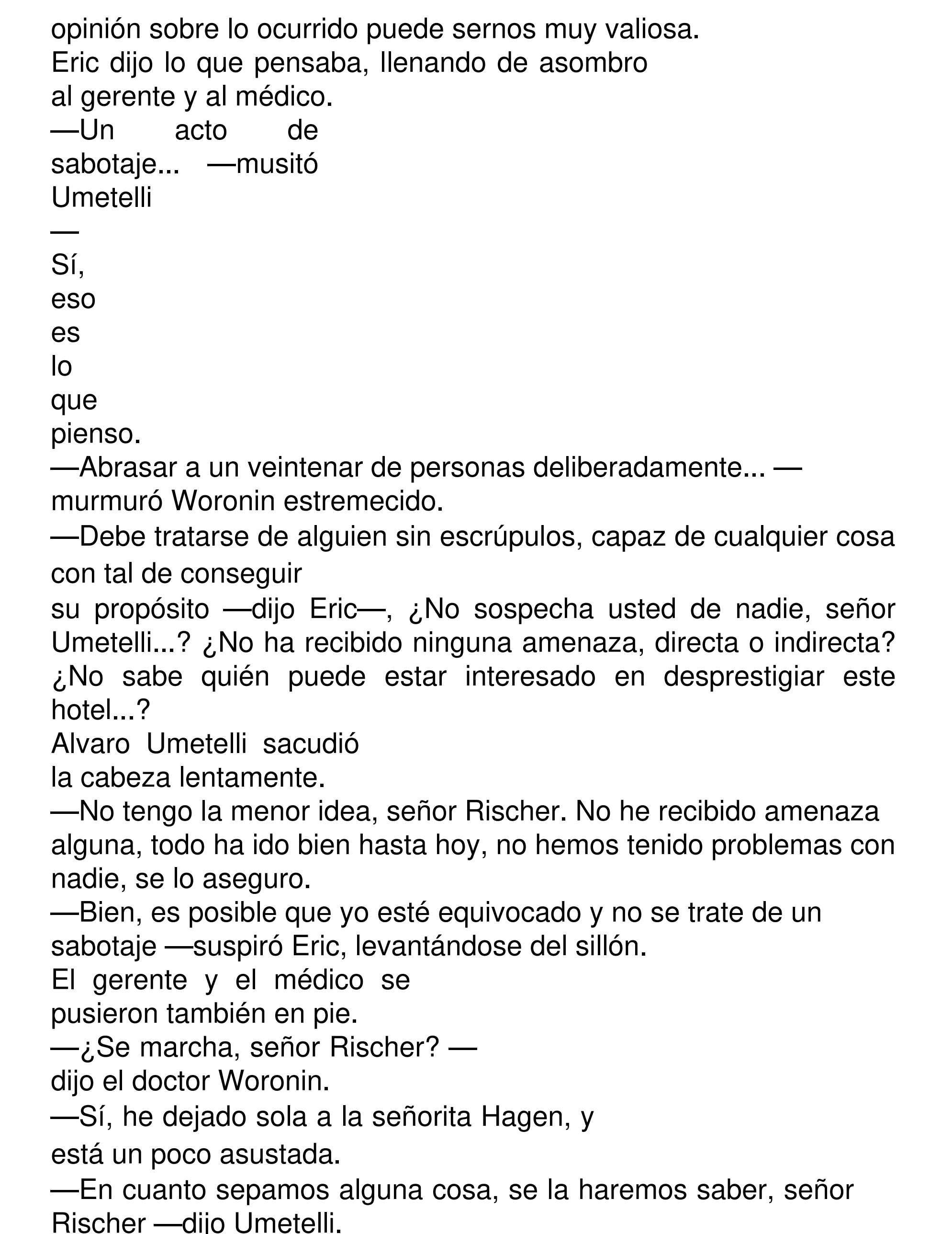
—Nada, todavía. Lo ocurrido en la piscina sigue siendo un misterio para nosotros.

—Yo tengo una hipótesis, señor Umetelli —dijo Eric.

—¿De veras?

—Sí, y me gustaría exponérsela.

—Se lo ruego, señor Rischer. Es usted ingeniero espacial, y su



opinión sobre lo ocurrido puede sernos muy valiosa.

Eric dijo lo que pensaba, llenando de asombro al gerente y al médico.

—Un acto de sabotaje... —musitó Umetelli

—Sí, eso es lo que pienso.

—Abrasar a un veintenar de personas deliberadamente... —murmuró Woronin estremecido.

—Debe tratarse de alguien sin escrúpulos, capaz de cualquier cosa con tal de conseguir su propósito —dijo Eric—, ¿No sospecha usted de nadie, señor Umetelli...? ¿No ha recibido ninguna amenaza, directa o indirecta? ¿No sabe quién puede estar interesado en desprestigiar este hotel...?

Alvaro Umetelli sacudió la cabeza lentamente.

—No tengo la menor idea, señor Rischer. No he recibido amenaza alguna, todo ha ido bien hasta hoy, no hemos tenido problemas con nadie, se lo aseguro.

—Bien, es posible que yo esté equivocado y no se trate de un sabotaje —suspiró Eric, levantándose del sillón.

El gerente y el médico se pusieron también en pie.

—¿Se marcha, señor Rischer? —dijo el doctor Woronin.

—Sí, he dejado sola a la señorita Hagen, y está un poco asustada.

—En cuanto sepamos alguna cosa, se la haremos saber, señor Rischer —dijo Umetelli.

Eric le dio las gracias y salió del despacho.
El gerente y el médico volvieron a sentarse.
Se disponían a comentar la hipótesis de Eric Rischer, cuando a Alvaro Umetelli le pasaron una llamada a su videófono, desde la centralita del hotel.
El gerente pulsó el botón correspondiente y la pequeña pantalla se iluminó.
—¿El señor Umetelli...? —preguntó el tipo cuyo rostro acababa de aparecer en la pantalla del videófono.
—Sí, soy yo. ¿En qué puedo servirle, señor...?
—Mi nombre es Magath, y soy el responsable de lo ocurrido en la piscina de su hotel.

CAPITULO
IV

Alvaro Umetelli se quedó sin habla.
Con los ojos dilatados por la sorpresa, estudió el rostro del hombre que confesaba ser el responsable de lo sucedido en la piscina. Tenía la cara pequeña y huesuda, los labios finos y crueles, la nariz ganchuda, los ojos saltones, las orejas grandes y despegadas, el cráneo rapado, y carecía de cejas.
Resultaba difícil calcular su edad, pues lo mismo podía tener cuarenta años que cincuenta. Quizá más.
El doctor Woronin, al oír las palabras de Magath, brincó de su sillón y rodeó la mesa del gerente, para ver de frente la pantalla del videófono.
Lógicamente, Magath le vio a su vez a través de la pantalla del videófono que estaba utilizando para conversar con Alvaro Umetelli.
—Vaya, veo que no está solo, señor Umetelli —dijo El loco de la Galaxia—. ¿Quién es el
tipo?
El gerente hizo un esfuerzo y respondió:
—El doctor Woronin. Es el médico del hotel.
—¡Ah!, muy bien. ¿Hay alguien más con usted, señor Umetelli?
—No.
—¿Seguro?
—Sí.
—Por su bien, y por el de los clientes de su hotel, espero que no me engañe. Lo que voy a decirle debe quedar en secreto. Si no es así, utilizaré mi cañón de ondas calóricas y convertiré su hotel en una gigantesca antorcha. Morirán todos abrasados. ¿O tal vez les gustaría más morir congelados...? Si es así, dígamelo y en vez de ondas calóricas les enviaré ondas de frío. Su hotel quedaría convertido en un descomunal bloque de hielo. Alvaro Umetelli y Bronista Woronin sintieron que se les ponía la piel de gallina.
Y con razón, porque la amenaza de Magath no podía ser más terrible.
¡Convertir el hotel en una gigantesca antorcha!
¡O en un enorme bloque de hielo!
El gerente y el médico palidecieron sensiblemente, horrorizados. Tan espantoso era morir abrasados como congelados.
Y ninguno de los dos ponía en duda que Magath era capaz de cumplir su amenaza, pues adivinaban que su mente estaba perturbada.
Se le notaba en su

forma de mirar y
sonreír. Tenía ojos de
loco.
Y sonrisa de asesino.
Magath era un peligroso demente.
Lo había demostrado ya, enfriando y calentando el agua de la piscina con su poderoso cañón de ondas calóricas o gélidas, según prefiriese enviar unas u otras.
De ahí que Alvaro Umetelli y el doctor Woronin se sintiesen aterrados, al saberse a merced de aquel loco llamado Magath.
El gerente, con temblorosa voz, preguntó: —¿Por qué cometió usted semejante atrocidad en la piscina, Magath?

—Tenía que darles una prueba de mi poder, señor Umetelli, antes de ponerme en contacto con usted.

—Abrasó usted a más de veinte personas.

—Lo siento, pero la prueba tenía que ser muy convincente.

—Es usted un monstruo, Magath.

Los ojos del loco brillaron peligrosamente.

—Cuidado con lo que dice, señor Umetelli. No me gusta que me insulten, me pone furioso. Y cuando yo me pongo furioso, soy capaz de cualquier cosa. Puedo hacerle arder en ese sillón. O convertirlo en una figura de hielo.

El gerente se estremeció visiblemente.

—¿Qué es lo que quiere, Magath?

—Dinero.

—¿Cuánto?

—Un millón de sestercios espaciales.

—¡Está loco!

—Sé que puede dármelos. Su hotel es uno de los más importantes de Zoltano, y construirlo costó varios millones. Yo sólo le pido un millón. Y tendrá que dármelo, si no quiere que reduzca el hotel a cenizas. Nadie podría impedirlo, se lo aseguro.

Alvaro Umetelli se vio entre la espada y la pared.

Miró al doctor Woronin.

El médico,

en tono grave, opinó:
—No podemos negamos, señor Umetelli. Si no le entregamos el millón de sestercios espaciales, incendiará el hotel y pereceremos todos carbonizados.
Magath sonrió cínicamente y dijo: —Veo que es usted un hombre sensato, doctor
Woronin.
—Prefiero no decirle lo que es usted, Magath
—repuso el médico.
—Sí, más vale que se lo guarde para usted, galeno. Decirlo en voz alta podría costarle la vida.
El doctor Woronin guardó silencio.
Alvaro Umetelli, tras unos breves segundos de vacilación, dijo:
—Está bien, Magath. Tendrá el millón de sestercios espaciales.
—
Magnífico.
—¿Dónde y cuándo quiere recibirlos?
—Usted, por el momento, limítese a reunirlos y téngalos ahí, en su despacho. Ya recibirá instrucciones mías cuando lo estime oportuno.
—
Bien.
—Hasta entonces, señor Umetelli. Y no olvide mi advertencia. Nadie debe saber lo que hemos hablado. Si comete el error de dar parte a las autoridades, convierto el hotel en una grandiosa hoguera y los achicharro a todos, clientes y empleados. Sé muy bien cómo actúa la policía espacial, y he tomado mis precauciones para que no puedan dar conmigo, por mucho que me busquen.
—No daremos parte, Magath —garantizó el gerente—. Quiero que el hotel siga en pie, y que no muera nadie.
—De ustedes depende, recuérdenlo —sonrió El loco de la Galaxia y cortó la

comunicación.

*
*
*

El doctor Woronin volvió a sentarse en el sillón.
Más que sentarse, se derrumbó literalmente sobre él, como si de pronto le hubiesen abandonado las fuerzas.
—Es terrible, espantoso... —musitó—. Ese Magath es el demonio en persona. Alvaro Umetelli asintió levemente con la cabeza.
—Usted lo ha dicho, doctor. Magath es un auténtico Lucifer. Está loco, y disfruta atemorizando a la gente, haciéndola sufrir, horrorizándola... Llenó de dolorosas quemaduras los cuerpos de una veintena de personas, y se quedó tan tranquilo. ¿Cómo se puede ser tan insensible al sufrimiento ajeno?
—Eric Rischer acertó casi de lleno con su hipótesis. Magath dispone de ese ingenio electrónico capaz de enviar, desde larga distancia, ondas calóricas o gélidas, según le convenga. Seguramente lo inventó él, para llevar a cabo sus chantajes. Porque esto, más que un sabotaje, es un claro chantaje. Magath quiere un millón de sestercios espaciales por no destruir el hotel y las vidas de todos nosotros.
—Y tendremos que dárselo, doctor —suspiró el gerente—. No tenemos alternativa. Si denunciamos el hecho a la policía espacial...
—No, no podemos recurrir a la policía espacial —estuvo de acuerdo el médico—. Lo que sí podemos hacer, es contárselo todo a Eric Rischer.
—¿Para qué? ¿Qué ganaríamos con ello, doctor?
—Tal vez nada, pero creo que debemos informarle, señor Umetelli. El señor Rischer es un hombre muy inteligente, lo demostró adivinando lo que había pasado en la piscina. Quizá encuentre la manera de ayudarnos.
—Lo dudo, doctor Woronin. Y me asusta hablarle a Rischer de Magath, porque si éste se enterara...
—¿Cómo va a enterarse? Eric Rischer no es un policía espacial. Ese loco de Magath jamás sabrá que hablamos con él.
El gerente, tras una corta reflexión, cabeceó afirmativamente.
—Está bien, doctor Woronin. Hablaremos con Eric Rischer.

CAPITULO
V

Eric Rischer había vuelto rápidamente a la habitación de Nadia Hagen, deseoso de reanudar lo que interrumpieron al poco de haber comenzado, obligados por las circunstancias.

Nadia, para complacerle, seguía luciendo la corta bata de baño y la pieza inferior del diminuto bikini plateado.

Eric, para acudir al despacho del gerente del hotel, se había puesto una camisa cerrada, azul brillante, y un ajustado pantalón color cobre. Las botas, cortas y flexibles, eran de un rojo vivo.

En cuanto Nadia le abrió la puerta, Eric la abrazó y la besó con calor.

—¿Sigue encendida la llama, cariño...? —le preguntó, después.

—Me temo que no —respondió la muchacha, con picara sonrisa.

—No importa, conseguiré que brote otra vez. Eric cogió en brazos a Nadia y echó a andar. Ella le rodeó el cuello.

—¿Puedo saber adónde me llevas?

—Al dormitorio.

—Prefiero que me lleves al diván.

—Estaremos mejor en la cama.

—Antes de hacer el amor, tenemos que hablar.

—¿De qué?

—Tienes que contarme tu conversación con el gerente del hotel.

—Ya te lo contaré después.
—Eric, no puedo hacer el amor contigo sin saber qué opinó el gerente de tu hipótesis. Rischer se detuvo en la misma puerta del dormitorio.
—¿Es posible que sea más fuerte tu curiosidad que tu deseo? —preguntó, mirándola a los ojos.
—Mucho más. Recuerda que la llama se apagó... —sonrió maliciosamente ella.
—Está bien, si tú prefieres hablar, yo también —gruñó Eric y se dirigió hacia el diván. No depositó suavemente en él a Nadia Hagen, sino que la dejó caer con brusquedad.
—¡Bruto! —exclamó ella.
—Querías que te dejara en el diván, ¿no?
—¡Que me dejaras, no que me arrojaras como una mercancía!
—Lo siento, pero me has puesto de mal humor —rezongó Eric, y se sentó también en el diván.
—¿Tengo yo la culpa de que la llama se apagara?
Eric fue a replicar, enfadado, pero la preciosa sonrisa de Nadia le hizo cambiar de idea. Era mejor darle un beso. Y se lo dio.
—Disculpa mi comportamiento, cariño. Deseo tanto hacer el amor contigo, que...
—Es sólo cuestión de unos minutos, hombre —repuso Nadia y ahora fue ella la que lo besó—. Vamos, dime qué opinó el gerente del hotel.
Eric le refirió lo que había hablado con Alvaro Umetelli y con el doctor Woronin.
—Así que piensan que estás equivocado, ¿eh? —dijo Nadia.

—Eso me temo —suspiró Eric.
—A mí me sigue pareciendo una hipótesis muy acertada.
—Y a mí me sigues gustando tú con locura.
Nadia no pudo decir nada más, porque Eric ya la estaba besando en los labios con pasión, al tiempo que le abría la bata de baño.
Como la muchacha no puso objeciones, Eric comenzó a acariciarle los pechos, tan hábilmente como la otra vez.
Nadia se estremeció de gozo y dejó escapar un gemido, que los labios de Eric se encargaron de ahogar.
Un par de minutos después, Eric separaba su boca de la de ella y preguntaba:
—¿Se encendió de nuevo la llama, Nadia...?
—Sí, vuelvo a sentirla en lo más hondo de mí —respondió la muchacha, sonriéndole amorosamente.
—A la cama, pues —decidió Eric, levantándose.
Tomó nuevamente en brazos a Nadia y caminó hacia el dormitorio. Cuando estaban a punto de entrar en él, llamaron a la puerta.
Eric se quedó clavado.
—Oh, no... —murmuró, cerrando un instante los ojos.
—Es evidente que no tenemos suerte, Eric —suspiró Nadia, con gesto resignado—. Ahora que se había vuelto a encender la llama...
—Me dan ganas de no abrir, ¿sabes? —gruñó Rischer.
—Insistirían.
—Sí, me temo que sí.
—Intuyo que es el gerente del hotel. Tal vez haya averiguado algo, y viene a comunicártelo.
—Está bien, abriré —rezongó Eric, dejando a Nadia en el suelo.
La muchacha se apresuró a cerrarse la bata de baño, pues la llevaba abierta de par en par. Y como ahora no estaban en la piscina...
Eric caminó hacia la puerta y abrió.
Efectivamente, se trataba de Alvaro Umetelli y el doctor Woronin. Y traían unas caras...
Eric adivinó que algo muy grave había sucedido, después de que él los dejara, y se hizo a un lado.
—Pasen, por favor —rogó.
—Gracias —sonrió forzadamente el gerente del hotel, y él y el médico entraron en la habitación.
Eric cerró la puerta y los miró a los dos.
—¿Qué ha pasado?
—Algo terrible, señor Rischer —respondió Umetelli. Nadia se

aproximó.
El gerente y el médico la
miraron nerviosamente. Eric,
adivinando sus
pensamientos, dijo:
—Pueden hablar tranquilamente. Nadia está al corriente de todo, pues le expuse mi hipótesis antes que a ustedes.

Umetelli, tras cambiar una mirada con el doctor Woronin, quien asintió levemente con la cabeza, dijo:

—Tenía usted razón, señor Rischer. Lo ocurrido en la piscina fue provocado por un ser sin escrúpulos, capaz de todo con tal de lograr su propósito. Se llama Magath, y...

—¡Magath! —repitió Eric, dando un fuerte respingo.

—¿Lo conoce...? —preguntó el doctor Woronin.

—¡No, pero he oído hablar de él! ¡Le llaman El loco de la Galaxia! ¡Es un tipo tremendamente peligroso!

—Y tan peligroso... repuso Alvaro Umetelli, y le refirió su conversación con Magath. Nadia Hagen, muy pálida, se cogió del brazo de Eric Rischer.

—¡Es espantoso, Eric!

El ingeniero espacial, sin perder la serenidad, inquirió:

—¿Qué piensan hacer, señor Umetelli?

—Entregarle a Magath el millón de sestercios espaciales, no podemos hacer otra cosa —respondió el gerente—. Si informamos a la policía espacial...

—No, eso sería un error —opinó Eric—. Ese loco de Magath siempre cumple sus amenazas. Incendiaría el hotel y pereceríamos todos.

—¿No podemos luchar contra él de ninguna manera, señor Rischer? —habló el doctor Woronin—. No ya por ahorrarnos el millón de sestercios espaciales, sino por evitar que ese monstruo de Magath siga cometiendo atrocidades por toda la galaxia.

Eric compuso una mueca.

—Es dificilísimo atrapar a Magath, doctor. La policía espacial hace tiempo que lo busca por toda la Vía Láctea, pero no consigue darle caza. Magath es un tipo muy precavido, no deja pistas jamás, nunca corre riesgos innecesarios.

—Usted es un tipo listo, señor Rischer —insistió el médico—. ¿No

cree que se le puede ocurrir algo para cazar a ese demonio, si se dedica a pensar exclusivamente en ello?

Eric esbozó una sonrisa.

—Me halagan sus palabras, doctor. Pero, sinceramente, no sé cómo...

—Inténtelo al menos —suplicó Woronin—, Si idea un plan para atrapar a Magath, y da resultado, el señor Umetelli sabrá recompensarle generosamente.

—Por supuesto que si —dijo al instante el gerente.

—Está bien, pensaré lo que se puede hacer —accedió Eric—. Pero no por la recompensa, sino porque me gustaría tanto como a ustedes acabar con las atrocidades de ese demente.

El doctor Woronin le tendió la mano.

—Gracias, señor Rischer. Es usted un gran tipo.

—Yo opino lo mismo —dijo Umetelli tendiéndole también su diestra. Eric les estrechó la mano a los dos.

Segundos después, el gerente y el médico abandonaban la habitación.

*
*
*

Eric Rischer pasó su brazo por los hombros de Nadia Hagen, cariñosamente.
—Se ha vuelto a apagar la llama, ¿verdad?
—Por completo —confesó la muchacha.
—Mejor, porque en estas circunstancias íbamos a disfrutar muy poco haciendo el amor. No podríamos apartar de nuestro pensamiento a ese loco de Magath.
—Seguro que no.
Eric le dio un tierno beso en los labios e indicó:
—Vístete, Nadia. Nos vamos.
—¿Adónde?
—A dar un paseo por Zoltano. Necesito pensar y lo haré mejor al aire libre.
—¿Estás dispuesto a ayudar al gerente del hotel?
—Sí, haré lo que pueda.
—¿No te asusta?
—Un poco, debo confesarlo. Pero me comprometí con él, y no puedo faltar a mi palabra.
—Te admiro, Eric.
—Vamos, corre a vestirte, antes de que cambie de parecer y me dedique a reavivar la llama —sonrió el ingeniero espacial, palmeando las firmes posaderas de Nadia.
La joven rió y echó a correr hacia la puerta del dormitorio.

CAPITULO
VI

Yanis Belov y Ulla, su esposa, se alojaban en un hotel próximo al que dirigía Alvaro Umetelli. Se trataba de una pareja de recién casados, y habían elegido Zoltano para pasar su luna de miel.

Llevaban ya tres días en el hermoso planeta, y todas las mañanas, tras bañarse en la piscina del hotel, salían a dar un paseo, utilizando uno de los vehículos voladores que el hotel ponía a disposición de sus clientes.

El vehículo, moderno y ligero, provisto de cuatro patas que le permitían posarse verticalmente en el suelo, con mucha suavidad, disponía de dos asientos descubiertos, situados uno al lado del otro, sobre la plataforma propulsada por cuatro motores cohete.

Su manejo era muy sencillo, pues con una simple barra de dirección se podía realizar cualquier maniobra. En caso de lluvia, bastaba con pulsar un resorte y el vehículo quedaba protegido por una especie de capota de sólido material transparente.

Yanis y Ulla sobrevolaron los bellos parajes durante casi una hora.

Después, Yanis hizo descender el vehículo y lo posó en un lugar maravilloso.

—¿Te gusta, querida? —preguntó mirando a su alrededor.

—¡Es fantástico, Yanis! —exclamó Ulla, entusiasmada.

—Bajemos.

Se desabrocharon los cinturones de seguridad y saltaron al suelo, totalmente cubierto de hierba, fresca y pujante. Apetecía correr sobre ella, dejarse caer, retozar como niños. Ulla emprendió una carrera, diciendo:

—¡A ver si me coges, Yanis!

—¡Seguro! repuso él, y se lanzó tras ella.

Ulla fue sorteando árboles y plantas repletas de preciosas flores. Yanis no tardó en alcanzarla.

—¡Ya te tengo, bribona! —exclamó, derribándola. Ulla dio un grito y luego se echó a reir.

Yanis se colocó sobre ella y empezó a besarla en el cuello, en las orejas, en los ojos, en la nariz...

Ulla no paraba de reír, gozosa.

Sabía cómo iba a acabar la cosa, porque todas las mañanas acababa igual. Yanis le quitaría la ropa, comenzaría a acariciárselo todo y luego la poseería. A los dos les encantaba hacer el amor así, al aire libre,

sobre la hierba. Aquella mañana, sin embargo, no iban a poder amarse.
Alguien se había propuesto impedirlo.
Y lo conseguiría, porque ese alguien era nada más y nada menos que Magath *el loco de la Galaxia.*
Y Magath conseguía siempre todo aquello que se proponía.
Todo empezó con un súbito escalofrío que recorrió de pies a cabeza el cuerpo, joven y musculoso, de Yanis Belov.
Yanis interrumpió el besuqueo, un tanto asustado.
Ulla, al ver que su marido ponía aquella cara tan rara, dejó de reír y preguntó:
—¿Qué te sucede, cariño...?

—No lo sé —murmuró él—. De pronto me ha entrado frío.

—¿Frío? ¡Pero si hace un día espléndido!

—Lo sé. Sin embargo, yo siento frío. Un frío repentino y extraño, que se acentúa paulatinamente.

—No será una excusa para no hacerme el amor, ¿verdad?

—¿Cómo puedes pensar eso?

—Bueno, algunos maridos se cansan muy pronto de sus esposas.

—No es mi caso, te lo aseguro. Yo jamás me cansaré de ti, Ulla. Te amo demasiado y te deseo continuamente.

—Demuéstramelo.

—Con este frío metido en el cuerpo, no me es posible.

—¿Y si yo te hago entrar en calor...? —sugirió Ulla, con maliciosa sonrisa.

—Te lo agradecería mucho, querida. Pero me temo que no lo vas a conseguir. Creo que estoy enfermo.

—Tú no has estado enfermo en tu vida, Yanis. Tienes una salud a prueba de bomba.

—Es cierto, pero este frío tan extraño...

Ulla vio que su marido tiritaba, hasta el punto de que le castañeaban los dientes, y empezó a preocuparse.

—¿Quieres que volvamos al hotel, querido?

—Sí, será lo mejor. Necesito que me vea un médico.

—De acuerdo, vamos.

Se pusieron los dos en pie, Yanis ayudado por su mujer, pues le temblaban alarmantemente las piernas. Iban a dirigirse ya hacia el

vehículo volador, cuando alguien surgió súbitamente de detrás de una frondosa planta.

Yanis y Ulla se quedaron parados.

—¿Quién es usted? —preguntó él.

—Me llamo Magath —respondió El loco de la Galaxia, que empuñaba un extraño objeto cilíndrico, de unos quince centímetros de longitud por tres o cuatro de grosor, con un orificio en el extremo.

Parecía un nuevo tipo de arma. Y lo era.

Un arma muy peligrosa.

—Nos estaba espiando, ¿verdad? —adivinó Ulla.

—Así es —confesó Magath, con irónica sonrisa.

—Es usted un cerdo, ¿no lo sabía? —espetó Yanis, que apenas podía tenerse en pie. Los ojos del loco despidieron un peligroso centelleo.

—No estás en condiciones de amenazar a nadie, Yanis. Y menos a mí —advirtió.

—Oyó que estoy enfermo, ¿eh?

—No estás enfermo; sólo tienes frío. Y lo tienes porque yo quiero que lo tengas. Ulla respingó.

—¿Quiere decir que es usted el causante de...?

—En efecto, preciosa. Este objeto que tengo en mi mano envía ondas caloríficas o gélidas, según me convenga. Es un arma pequeña, pero terriblemente poderosa. Puedo convertiros a los dos en estatuas de hielo o en puras antorchas, según prefiera.

Yanis
y
Ulla
palidecieron.
El
primero
preguntó.
—¿Qué es lo que quiere, Magath? ¿Por qué usó su arma conmigo?
—Adiviné que ibas a hacer el amor con tu mujer, y decidí sustituirte.
—¿Sustituirme...?
—Si.
—¡Está usted loco si piensa que voy a permitir que abuse de mi mujer, Magath!
—No tendrás más remedio, Yanis, porque de lo contrario te congelaré o te abrasaré, según como me dé.
—¡Es usted un...!
—¡No, Yanis! —suplicó Ulla, Sujetándolo.
—¡Suéltame, Ulla!
—¡Te matará, si intentas algo contra él!
—¡Eres mi esposa, Ulla! ¡No puedo consentir que ese cerdo te posea delante de mis narices!
—¡Tampoco a mí me gustará pero lo prefiero a ver- te muerto!
—¡No sabes lo que dices!
—¡Por favor, Yanis! ¡No quiero perderte!
—¡Aparta, maldita sea! —rugió Yanis, propinándole un empujón a su mujer. Ulla cayó al suelo, dando un grito.
Yanis avanzó hacia Magath, caminando como un borracho, porque sus piernas estaban heladas y rígidas, como el resto de su cuerpo.
—¡Deténte, estúpido —ordenó El loco de la Galaxia, apuntándole con su arma, enviando una serie de ondas gélidas, mucho más potentes que las anteriores.
Yanis se quedó clavado al recibir la primera de ellas. Ya no pudo moverse.
Una fina capa de hielo empezó a recubrir su cuerpo, ojos incluidos.
Ulla, horrorizada, abrió desmesuradamente los suyos y chilló con todas sus fuerzas:
—¡No...!
Magath no se ablandó y siguió enviando potentes ondas de frío sobre el cuerpo de Yanis, aumentando el grosor de la capa de hielo.
Instantes después ya no podían distinguirse las facciones de Yanis.
Tampoco
su
indumentaria.

El
hielo
lo
tapaba
todo.
Yanis era ya una estatua blanca, absolutamente irreconocible. Entonces, y sólo entonces, Magath dejó de accionar su temible arma.
La volvió hacia Ulla que seguía tirada en el suelo, las facciones desencajadas por el horror.
Magath le apuntó al pecho.
—¿Accedes a complacerme, guapa, o prefieres correr la misma suerte que el imbécil de tu marido?
Ulla le miró.
Se dijo que Magath, además de un cerdo y de un asesino, era un tipo repulsivo. Bajo de estatura, delgado, feo, mirada de loco...

Someterse a sus sucios deseos supondría
un tormento para ella. Sin embargo, no
podía negarse.
Magath la convertiría en
otra estatua de hielo. Y
Ulla no quería morir.
Sólo tenía veintitrés años.
Por ello, y sin pronunciar palabra alguna, empezó a quitarse la ropa.

CAPITULO
VII

Eric Rischer y Nadia Hagen sobrevolaban la hermosa superficie de Zoltano en un vehículo volador idéntico al que utilizaran el infortunado Yanis Belov y su mujer.

El ingeniero espacial manejaba el aparato en silencio, escrutando el suelo con ojos atentos, como si buscara algo.

Nadia no quería interrumpir los pensamientos de Eric, y se dedicaba también a contemplar los paradisíacos parajes de Zoltano, sin hacer ningún comentario.

La muchacha vestía shorts dorados y una miniblusa con flecos, que combinaba perfectamente con la prenda inferior. Calzaba una especie de sandalias, igualmente doradas, cuyas tiras cruzaban varias veces sus piernas, quedando atadas justo debajo de la rodilla.

Una indumentaria fresca y sugestiva que la hacía más deseable aún, si cabe. Especialmente, porque el viento que levantaba el vehículo en su vuelo agitaba los flecos de la miniblusa, permitiendo vislumbrar sus hermosos senos.

En circunstancias normales, Eric Rischer hubiera echado más de una mirada a los picaros flecos. La preocupación, sin embargo, le tenía absorto y pensativo desde que salieran del hotel en aquel vehículo volador.

De ello hacía ya bastantes minutos.

De pronto, Nadia Hagen descubrió un aparato volador, posado en el suelo.

—Mira, Eric —dijo, señalando el vehículo con su mano—. Alguien se detuvo en ese lugar tan hermoso.

—Alguna parejita, sin duda —pensó Rischer.

—¿Para hacer el amor?

—Seguro.

—Qué suerte —dijo la joven con picaro gesto.

—No me provoques, Nadia —gruñó Eric.

—¿Quién te provoca?

—Sabes que, por mi gusto, ya nos hubiéramos amado larga e intensamente. Pero no ha podido ser.

—No, es verdad —suspiró lánguidamente Nadia—, Cada vez que se enciende la llama,
ocurre algo y hace que se vuelva a apagar.

—No me lo recuerdes, por favor.

Nadia rió.

—¿Por qué no damos una pasada por ese lugar, Eric? —sugirió—. Tal vez descubramos a la parejita, retozando sobre la hierba.
—Prefiero no hacerlo. Se nos pondrían los dientes largos.
—Por favor, Eric —insistió la muchacha—. Será muy divertido.
—Está bien, caprichosa —accedió Rischer, y realizó la oportuna maniobra, dirigiendo el aparato hacia donde momentos antes descubrieran posado otro vehículo volador.
—Desciende un poco más, Eric —pidió Nadia.
—No quieres perderte detalle, ¿he?
—¡Exacto! —respondió la joven, riendo de nuevo.

Eric movió la barra de dirección y el aparato descendió unos metros.

Cuando sobrevoló el lugar en donde se hallaba posado el otro vehículo volador, sus patas casi rozaban las copas de los árboles.

De repente, el escalofriante espectáculo se ofreció a los ojos de Eric y Nadia.

La muchacha no pudo reprimir un chillido de horror.

—¡Cielos, no! —gritó a continuación, cubriéndose el rostro con las manos.

*
*
*

Eric Rischer, no menos horrorizado que Nadia Ha- gen, hizo un esfuerzo por sobreponerse y maniobró con la barra de dirección, al tiempo que reducía la velocidad al mínimo.

Cuando se encontraron justo sobre el lugar de la tragedia, Eric hizo descender el vehículo volador y lo posó a escasos metros de las víctimas.

Se trataba de Yanis Belov y su mujer, naturalmente.

Ulla también había sido convertida en una estatua de hielo por el malvado Magath, quien, una vez saciado su sucio deseo, no dudó en accionar su arma y enviar sucesivas ondas de frío sobre el desnudo cuerpo de la desgraciada.

Los cálidos rayos solares habían ido reduciendo la capa de hielo que cubría los cuerpos sin vida de Yanis y Ulla, y ya se les podía distinguir perfectamente.

Yanis, seguía de pie, porque así había encontrado la muerte, pero en cuanto la capa de hielo que recubría su cadáver se desintegrase un poco más, se derrumbaría todo de una pieza.

Ulla yacía tumbada de espaldas sobre la hierba, con las rodillas levantadas y las piernas separadas, porque Magath le envió las ondas gélidas apenas retirarse de ella, sin darle tiempo a nada, y encontró la muerte en la misma posición en que fuera ultrajada por El loco de la Galaxia.

La capa de hielo que recubría su cuerpo era ya tan delgada, que podía advertirse fácilmente su completa desnudez. Sus ropas yacían cerca de ella, esparcidas.

Eric Rischer había parado los motores cohete del vehículo

volador y contemplaba la horrorosa escena, sobrecogido. Nadia Hayen retiró lentamente las manos de su rostro y observó también a las víctimas, pálida como un difunto, temblorosa, estremecida.

—¡Es horrible, Eric! —exclamó, abrazándose a él apretadamente.

Rischer la estrechó contra sí.

—Esto es obra de Magath —adivinó, con voz enronquecida—, Debió sorprender a la pareja, retozando sobre la hierba. El hombre intentó hacerle frente, y Magath lo convirtió en una estatua de hielo. Después abusó de la mujer, amenazándola sin duda con convertirla también en un bloque de hielo, para que ella no ofreciera resistencia. Por eso está completamente desnuda y en esa posición. Tras violarla, Magath la mató también. Es lo que suele hacer siempre. Nunca deja testigos. Si la mujer hubiera sabido eso, no se habría dejado ultrajar tan sumisamente, estoy seguro.

Nadia volvió poco a poco la cabeza y contempló de nuevo la estremecedora escena. Casualmente, en el instante en que la muchacha giraba la cabeza, Yanis Belov se derrumbaba como una pared. Nadia chilló.

—¡Eric!

El ingeniero espacial la estrechó con más fuerza.

—Cálmate, Nadia.

—¡El hombre se ha derrumbado!

—El hielo no tenía la suficiente fuerza para sostenerle, por eso se ha vencido —le explicó Eric.

—¡Estoy muerta de miedo!

—Tranquilízate, vamos. Nadia lo miró.

—Larguémonos de aquí, Eric. Magath podría volver y sorprendernos, como sorprendió a esta pareja.

—No, Magath no pisa dos veces un mismo lugar. Es otra de sus normas, para hacer más difícil su captura.

—¿Estás seguro?

—Sí; no temas. De todos modos, nos iremos. Nada podemos hacer por esos desgraciados, excepto avisar a la policía espacial. Lo haremos desde el hotel.

Eric encendió de nuevo los motores cohete y el vehículo volador se elevó, alejándose rápidamente del lugar.

CAPITULO VIII

De regreso al hotel, y tras varios minutos de reflexión, Eric Rischer dijo:

—No debemos avisar a la policía espacial, Nadia.

—¿Por qué?

—Nos harán preguntas, y hasta es posible que se personen en el hotel, para hablar con nosotros, lo cual no nos conviene. Magath puede estar vigilando el hotel, y si ve llegar a la policía espacial, tal vez piense que los avisó el gerente, desoyendo su advertencia. Y, si piensa eso, Magath cumplirá su amenaza y convertirá el hotel en una antorcha o en un bloque de hielo.

Nadia Hagen tuvo un estremecimiento.

—¿Entonces...? —preguntó quedamente.

—No tenemos más remedio que esperar a que termine todo. Aunque es posible que alguien más descubra los cadáveres de esos pobres desgraciados y lo comunique a la policía espacial.

—Celebraría que así fuera, Eric. Pienso en sus cuerpos, abandonados en ese lugar, el de la mujer sin ropa alguna, con aquella expresión tan horrible en sus ojos y en su boca...

—Una expresión lógica, pues la mujer sabía lo que le iba a suceder. Había visto cómo Magath convertía al hombre en una estatua de hielo, y cuando descubrió que ella iba a correr la misma suerte...

Nadia cerró los ojos y musitó:

—Qué espanto, Dios mío. Ese Magath es el ser más cruel y ruin que existe en toda la galaxia.

—Estoy de acuerdo contigo, Nadia. Por eso me gustaría tanto atraparlo. La muchacha abrió los ojos y le miró.

—¿Ves

alguna posibilidad, Eric?

—Bueno, le he estado dando vueltas al asunto y creo que el momento de intentarlo será cuando Magath acuda a recoger el millón de sestercios espaciales que exigió al gerente del hotel.

—Explícate, por favor.

Eric le expuso su plan y después preguntó:

—¿Qué opinas, Nadia?

—Es muy arriesgado, Eric.

—Lo sé, pero no veo otra manera de atrapar a Magath.

—Puede matarte.

—Tendré cuidado; te lo prometo.

—Magath es demasiado peligroso, Eric. Si te enfrentas abiertamente a él, acabará contigo. Y ya sabes cómo. Te congelará o te abrasará.

—Por favor, no pienses en eso.

Los ojos de Nadia Hagen se humedecieron.

—No quiero que mueras, Eric. Rischer la miró y le

acarició el
rostro.
—Yo tampoco quiero morir, Nadia. Y mucho menos, después de haberte conocido a ti

—dijo, y le dio un dulce beso en los labios.

*
*
*

Alvaro Umetelli y el doctor Woronin estaban demacrados.

Acababan de escuchar el relato de Eric Rischer y Nadia Hagen, y la ropa no les tocaba el cuerpo. Se encontraban los cuatro en el despacho del gerente.

—Ese monstruo de Magath mata por puro placer —murmuró el doctor Woronin—. Es un ser demoníaco, perverso, terrible...

—Hicieron bien en no avisar a la policía espacial, señor Rischer —dijo Umetelli—. No nos conviene tener ningún contacto con ellos, por ahora.

—¿Ha reunido usted el millón de sestercios espaciales, señor Umetelli? —preguntó Eric.

—Sí, estuve en el Banco Galáctico y retiré esa suma. Tengo el dinero aquí, en la caja fuerte de mi despacho.

—Magath no ha vuelto a llamar, ¿verdad?

—No, todavía no.

—Bien. Cuando se ponga de nuevo en contacto con usted, le dirá dónde debe llevar el dinero. Querrá que lo lleve usted personalmente, y que no le acompañe nadie. Sin embargo, yo también acudiré al lugar convenido.

Alvaro Umetelli y el doctor Woronin intercambiaron una mirada.

—¿Usted, señor Rischer...? —murmuró el médico.

—Sí, doctor. Tengo un plan para atrapar a Magath. Es un tanto arriesgado, pero creo que puede dar resultado. En cualquier caso, es lo único que podemos hacer, porque Magath sólo dará la cara cuando vaya a recoger el dinero, pues no puede mandar a nadie por él. Es algo que tiene que hacer personalmente.

—Háblenos de su plan, señor Rischer —rogó el gerente del hotel.

—Con mucho gusto. Según confesó el propio Magath, utilizó un cañón de ondas caloríficas y gélidas para enfriar y calentar el agua de la piscina. Evidentemente, Magath tiene ese cañón instalado en su nave. Desde el cielo, a gran distancia, y con la ayuda de una cámara telescópica, Magath localizó el objetivo; es decir, la piscina del hotel. Llevó a cabo su cruel demostración, y luego posó su nave en algún lugar de Zoltano, previamente escogido por él. Sé que tomó tierra porque el ataque a esa pareja demuestra que no continuaba en el espacio. Yo ya lo sospechaba, y nuestro paseo en el vehículo volador se debió principalmente a eso. Tenía la esperanza de encontrar la nave de Magath, pero no fue así. Debe de

tenerla muy bien escondida.

Eric Rischer hizo una breve pausa y prosiguió:

—Es obvio que Magath dispone de un arma mucho más pequeña que el cañón, para poderla llevar consigo cuando abandona su nave. Un arma pequeña, pero igualmente eficaz. Con ella congeló al hombre y a la mujer. Y también hubiera podido abrasarlos, de haber querido. Cuando Magath acuda a recoger el millón de sestercios espaciales, llevará consigo su arma portátil. La única posibilidad que tenemos de atraparle, es caer sobre él por sorpresa y reducirle antes de que pueda hacer uso de su temible arma. Y ésa será mi misión.

Alvaro Umetelli y el doctor Woronin permanecieron más de un minuto callados.

Después, el primero comentó:

—Su plan es muy arriesgado, no hay duda. Y de mucha responsabilidad, también, pues no sólo estará en juego su vida, señor Rischer, sino la del personal y los clientes del hotel, porque si no logra usted atrapar a Magath y él le mata, acto seguido regresará a su nave y utilizará de nuevo su poderoso cañón, incendiando el hotel o cubriéndolo de hielo. Será su venganza por haber intentado sorprenderle.

—Eso es cierto, señor Umetelli —admitió Eric—. Sin embargo, insisto en que es la única posibilidad que tenemos de atrapar a Magath. Si permitimos que recoja el dinero y regrese a su nave, ya no habrá manera de darle caza, aunque avisemos a la policía espacial. Magath sabe muy bien cómo burlarlos, lo ha hecho infinidad de veces. De cualquier modo, usted tiene la palabra, señor Umetelli. Yo haré lo que usted me diga. Si prefiere que no intervenga, me quedaré en el hotel.

El gerente consultó con la mirada al doctor Woronin. Este opinó:

—Debemos aceptar el riesgo, señor Umetelli. Si no atrapamos a ese loco asesino, seguirá cometiendo monstruosidades a lo largo y ancho de la galaxia. Confiemos en el señor Rischer. No sólo es un hombre inteligente, sino valiente y eficaz. Puede capturar a Magath.

Alvaro Umetelli exhaló un suspiro.

—De acuerdo, doctor Woronin. Correremos el riesgo... Y que Dios ayude al señor Rischer.

Eric sonrió.

—Me echará una mano, estoy seguro —repuso, y él y Nadia abandonaron el despacho del gerente.

*
*
*

Magath se estaba preparando para hacer nuevamente de las suyas.

No se conformaba con llevarse solamente un millón de sestercios espaciales de Zoltano, pese a ser una suma importantísima.

Magath quería más.

Y, como sabía la manera de conseguirlo, no dudó en llevarla a la práctica. Al propio tiempo, se divertiría.

Magath, en su locura, disfrutaba como un niño cada vez que hacía daño a alguien. En esta ocasión, las víctimas serían los bañistas del hotel Meteoro.

La nave de Magath, pequeña, pero extraordinariamente veloz, había vuelto al espacio, y el loco estaba localizando ya su nuevo objetivo con la cámara telescópica, que poseía un alcance fantástico.

A través de ella, Magath podía incluso observar uno por uno, y con todo detalle, a los bañistas que se zambullían en la piscina del hotel Meteoro, o que se hallaban tumbados en tomo a ella, bronceándose bajo los rayos solares.

Como lo de enfriar y calentar el agua de la piscina ya lo había ensayado aquel día, Magath no quiso repetirlo. Hubiera resultado monótono, porque ya conocía las reacciones de los bañistas, así que prefirió realizar una demostración distinta del poder de su cañón de ondas caloríficas o gélidas, según estuviese regulado.

Para empezar, tomó como objetivo a una pareja que se estaba tostando al sol. El hombre se encontraba echado boca arriba en su tumbona, y estaba fumando un largo cigarro. La mujer, se hallaba boca abajo, llevando puesta solamente la pieza inferior del bikini, tan reducida, que por la parte de atrás era como si no llevase nada.

El cigarro del hombre le dio una idea a Magath.

Y el desnudo trasero de la mujer, macizo y tentador, otra.

El loco de la Galaxia rió divertido, sólo de pensarlo, y reguló convenientemente su cañón.

Ajenos por completo al peligro que corrían, el hombre y la mujer siguieron gozando de las delicias del sol. Llevaban casados casi diez años, y aquél era su primer viaje a Zoltano. El tenia treinta y ocho años; ella, treinta y dos.

De pronto, la mujer dio un chillido y se llevó la mano a la nalga derecha. El hombre la miró, alarmado.

—¿Qué te ocurre, Ursula...?

Ella descubrió el purazo que su marido tenía en la mano y sus ojos llamearon de furia.

—¿Y todavía me lo preguntas, so bestia? —rugió. Stojan Vujovic parpadeó, absolutamente perplejo.

—¿Por qué me llamas bestia?

—¡Porque sólo un marido bestia es capaz de aplicar la brasa de un cigarro en el trasero desnudo de su mujer!

El hombre

pestañeó de nuevo.

—¿Que yo te he...?

—¡Mira la quemadura, animal! —barbotó la mujer, retirando la mano de su nalga derecha.

Stojan clavó sus perplejos ojos en la exuberante grupa de su mujer.

Una quemadura grande y dolorosa, aunque sin el menor rastro de ceniza. A pesar de ello, Stojan trató de disculparse.

—Lo lamento de veras, Ursula. No sé cómo ha podido ocurrir. Yo no tenía la mano cerca de tu trasero, no me explico cómo te quemé con el puro.

—¡No seas cínico, Stojan! ¡Lo hiciste deliberadamente!

—¿Cómo puedes pensar que yo...?

—¡Dame ese cigarro en seguida!

—¿Para qué?

—¡Dámelo te digo!

Stojan obedeció.

Ursula cogió el cigarro como si se tratara de un cuchillo y amenazó con la brasa a su marido.

—¿Sabes dónde me gustaría aplicarte la brasa, Stojan?

Este vio que su mujer le miraba el escueto bañador y lo adivinó en seguida.

—Bromeas, ¿verdad? —dijo nerviosamente, al tiempo que se

ponía ambas manos sobre

el bañador, por si acaso.

Magath, lógicamente, no podía oír lo que hablaban Stojan y Ursula, pero las imágenes que le proporcionaba la cámara telescópica eran tan expresivas, que adivinaba todo el diálogo.

De ahí que, sin dudarlo un instante, enviara una onda calorífica sobre las manos del hombre, causándole una quemadura en el dorso de la derecha, idéntica a la que poco antes causara en la nalga de la mujer.

Stojan dio un grito y retiró ambas manos del bañador.

—¡Me has quemado, Ursula!

Su mujer puso una cara muy rara.

—Pero si no te he acercado el cigarro... —murmuró.

—¡Claro que lo has hecho! ¡Y tan rápido que no he podido impedir que me aplicaras la brasa en la mano! ¡Mira, mira la quemadura!

Mientras Stojan le mostraba la quemadura a su esposa, Magath envió una nueva onda calorífica, que atravesó el bañador del hombre y le produjo una quemadura justo donde Ursula dijera que le gustaría aplicar la brasa del cigarro.

Stojan aulló y se llevó nuevamente las manos al bañador, cubriendo el agujero que la onda calorífica había causado en el tejido.

El desconcierto de Ursula se acentuó.

—¿Qué te ocurre ahora, Stojan...?

—¡Has vuelto a quemarme, maldita!

—

¿Dónde?
—¡Donde querías quemarme, zorra!
Ursula se miró la mano que sostenía el cigarro, que seguía suspendida en el aire, muy quieta.
—¿Es posible que mueva la mano sin darme cuenta...? —se preguntó en voz alta.
—¡Arroja ya el cigarro, maldita sea, porque si vuelves a quemarme no respondo de mí, te lo advierto! —ladró Stojan.
Ursula arrojó el puro.
Apenas un segundo después, Stojan sufría otra dolorosa quemadura en pleno tórax, que le obligó a aullar de nuevo.
Esta vez, sin embargo, no pudo culpar a su mujer del hecho, porque ella ya no tenía el puro en la mano.
Tampoco Ursula pudo culparle a él de la nueva quemadura que ella sufrió casi en seguida, esta vez en la otra nalga, la izquierda.
A partir de ahí, las quemaduras se sucedieron, tanto en el cuerpo de Stojan como en el de Ursula, obligándolos a los dos a chillar y a retorcerse de dolor sobre sus respectivas tumbonas.
Stojan sufrió quemaduras en los hombros, en el cuello, en el abdomen, en los muslos, en las rodillas...
Ursula, por su parte, las sufrió en los pechos, en el vientre, en las caderas y en las piernas.
Y no fueron los únicos bañistas que sufrieron quemaduras.
Los gritos y las contorsiones de Stojan y Ursula atrajeron a varios hombres y mujeres,

que se acercaron con intención de auxiliarles, aunque no sabían qué diablos les estaba sucediendo.

Entonces, Magath envió una serie de ondas caloríficas sobre los bañistas que rodeaban a Stojan y Ursula, quemándoles las espaldas, los traseros, los torsos y las piernas.

El pánico, lógicamente, cundió entre los pobres bañistas, que no sabían qué o quién les causaba aquellas terribles quemaduras.

Mientras ellos chillaban y se contorsionaban de dolor, Magath, en su nave, disfrutaba como un enano, sin dejar de enviar ondas caloríficas con su poderoso cañón.

CAPITULO
IX

Eric Rischer y Nadia Hagen habían vuelto a la habitación de esta última. Sentados en el diván, con sendas copas en las manos, conversaban sobre los últimos acontecimientos. Nadia tomó un sorbo de licor y preguntó:

—¿Crees que Magath llamará pronto?

—No lo sé —respondió Eric—, Es probable que lo haga esta tarde. O quizá mañana por la mañana. Es difícil adivinarlo.

—Yo modificaría ligeramente tu plan, Eric.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Qué cambiarías?

—El final.

—Explícate, por favor.

—No intentaría atrapar a Magath. Acabaría con él sin más.

—¿Sugieres que lo mate?

—Sí.

—¿A sangre fría?

—Sí.

El ingeniero espacial movió la cabeza.

—No puedo, Nadia.

—Magath es un asesino. Ya viste lo que hizo con aquella pareja. No les dio la menor oportunidad de defenderse, los convirtió en sendas estatuas de hielo. ¡Y lo hizo después de abusar de la mujer!

—Aun así, no puedo disparar fríamente sobre él. Me remordería la conciencia.

—Reducirlo te será mucho más difícil, Eric.

—Quizá no. Depende del lugar que Magath elija para recibir el dinero. Puede favorecer el desarrollo de mi plan, o dificultarlo. Pero eso no lo sabremos hasta que Magath llame.

—Elegirá un sitio seguro para él, ya lo verás. Magath es un tipo muy precavido. Tú mismo lo dijiste.

Eric no respondió, limitándose a ingerir un sorbo de licor. Nadia consultó su reloj.

—Es casi la hora del almuerzo. Tendremos que bajar al comedor. Eric la miró.

—¿Tienes apetito, Nadia?

—La verdad es que no. Con todo lo sucedido...

—A mí tampoco me apetece comer nada. Nos quedaremos aquí, y si más tarde se nos despierta el apetito, pediremos que nos suban algo de comer. ¿De acuerdo?

—Sí, será lo mejor.
Eric tomó otro sorbo de licor y dejó la copa sobre la pequeña mesa que había frente al diván. Después, rodeó con sus brazos a Nadia y dijo:
—¿Sabes lo que me apetece, Nadia?
—Besarme.
—¿Y qué más?

—Acariciarme.

—¿Y después...?

—Cogerme en brazos, llevarme a la cama y hacerme el amor.

—Lo has adivinado todo.

—¿Nos dejarán?

—Estoy seguro de que esta vez no nos interrumpirá nadie. A menos que llame Magath, claro.

—Apuesto a que lo hace en cuanto logres encender la llama de mi pasión.

—No seas pesimista, Nadia. Alguna vez nos tiene que acompañar la suerte, ¿no?

—Por si las moscas, será mejor que te des prisa en hacer brotar la llama.

—Para eso me las pinto solo —aseguró Eric, y comenzó a besarla, al tiempo que le acariciaba las piernas y los senos.

*
*
*

Guido Munkelt, gerente del hotel Meteoro, no sabía cómo explicar lo que les había sucedido a los clientes de su hotel que tomaban el sol alrededor de la piscina.

La mayoría de ellos habían sido trasladados al Centro Médico, en aeroambulancias. Los menos afectados por las quemaduras seguían en el hotel, y estaban siendo atendidos por el médico que prestaba sus servicios en el hotel Meteoro.

El propio personal sanitario había puesto al corriente a Guido Munkelt de lo sucedido en el hotel Cosmos, que era el que dirigía Alvaro Umetelli.

Munkelt tampoco se explicaba lo ocurrido en el hotel Cosmos.

Eran dos sucesos insólitos, sorprendentes, increíbles.

Y, aunque distintos, tenían una cosa en común: las quemaduras sufridas por los clientes de uno y otro hotel, si bien en el primer caso las habían sufrido los que se hallaban bañándose en la piscina, y en el segundo caso los que se encontraban fuera de ella, tomando tranquilamente el sol.

Por ello, Guido Munkelt sospechaba que ambos sucesos guardaban una relación directa, pero mientras no se averiguasen las causas que los habían provocado, seguirían siendo un absoluto misterio.

Le estaba dando vueltas y más vueltas al asunto, en su despacho, cuando recibió la llamada de Magath, quien, después de presentarse, confesó ser el responsable de lo ocurrido en la piscina.

El gerente del hotel Meteoro quedó paralizado por la sorpresa.

—¿Admite que fue usted quien...?

—Sí —sonrió El loco de la Galaxia.

—¿Cómo lo hizo?

Magath le habló de su cañón de ondas caloríficas o gélidas. Guido Munkelt quedó profundamente impresionado.

—Lo sucedido en el hotel Cosmos también fue cosa suya, ¿verdad? —murmuró.

—Así es —confesó el loco.
—¿Por qué hizo ambas cosas, Magath?
—Por dinero, señor Munkelt.
—¿Dinero?
—Sí, exijo un millón de sestercios espaciales por no reducir a cenizas su hotel, o convertirlo en una montaña de hielo, señor Munkelt. La misma cantidad le exigí al gerente del hotel Cosmos, y no dudó en entregármela, para salvar su vida, la de los empleados, y la de los clientes del hotel. No quieren morir abrasados ni congelados.
El gerente del hotel Meteoro quedó muy callado. Magath preguntó:
—¿Me entregará usted el millón de sestercios espaciales, señor Munkelt, o prefiere que use mi cañón y...?
—No, por Dios —suplicó el gerente—. Le daré esa cantidad, aunque es muy elevada. Tendré que ir al Banco Galáctico a retirarla, no dispongo de tanto dinero en la caja fuerte de mi despacho.
—Ya suponía que no —sonrió Magath—, Bien, vaya al Banco Galáctico y retire el millón de sestercios espaciales. Tenga el dinero ahí, en su despacho. Más tarde le llamaré de nuevo y le daré instrucciones. ¿De acuerdo, señor Munkelt?
-Sí.
—Y recuerde que no debe hablar de este asunto con nadie, ¿eh? Y menos aún con la policía espacial. Si lo hace, yo me enteraré y destruiré su hotel antes de emprender la huida. Téngalo presente, señor Munkelt.
—No lo olvidaré.
—Hasta pronto, señor Munkelt —se despidió Magath, y cortó la comunicación.

CAPITULO
X

La siguiente llamada de Magath fue para Alvaro Umetelli.

El gerente del hotel Cosmos se encontraba en su despacho, acompañado del doctor Woronin, aguardando ambos que El loco de la Galaxia se pusiera nuevamente en contacto con ellos.

Los dos hombres estaban nerviosos, pero aún se pusieron más cuando vieron aparecer el feo rostro de Magath en la pantalla del videófono.

El loco asesino sonrió.

—¿Qué tal, señor Umetelli...?

—Estábamos esperando su llamada, Magath —respondió el gerente, esforzándose por controlar sus nervios.

—¿Reunió ya el millón de sestercios espaciales?

—Si, lo tengo aquí.

—Magnífico.

—Dígame lo que tengo que hacer, Magath.

—Traerme el dinero, naturalmente.

—¿Dónde?

—Se lo voy a explicar.

Magath le indicó el lugar con exactitud, dándole toda clase de detalles para que no hubiera confusión posible.

—¿Lo ha entendido, señor Umetelli?

—Sí, perfectamente.

—Me alegro.

—Debo ir solo a ese lugar, ¿verdad?

—No, vendrá acompañado.

—¿Acompañado...? —se desconcertó el gerente.

—Sí.

—¿Quiere que vaya conmigo el doctor Woronin?

—No, el doctor Woronin se quedará ahí. Prefiero que le acompañen un par de clientes del hotel.

—¿Dos clientes...?

—Sí, eso he dicho.

—¿Para qué?

—Los tomaré como rehenes. No es que desconfíe de usted, señor Umetelli, pero quiero asegurarme de que no avisará a la policía espacial tan pronto como me haya entregado el dinero. Teniendo en mi poder a dos de los clientes de su hotel, sé que seguirá manteniendo el asunto en secreto hasta que esas dos personas regresen al hotel. Y, para entonces yo ya estará tan lejos de Zoltano que no me preocupará en absoluto que usted informe a la policía espacial o no.

—Pero, ¿qué les digo yo a los clientes...?

—La verdad, no, por descontado, pues se negarían a acompañarle. Dígales, simplemente, que les invita a dar un paseo. Verá como aceptan encantados.

—Está bien, haré lo que me dice.

—Ya he decidido qué dos clientes deberán acompañarle, señor Umetelli.

—¿De veras? —respingó el gerente.

—No conozco sus nombres, pero me fijé en ellos mientras calentaba el agua de la piscina con mi cañón. Se trata de una pareja joven, y por suerte para ellos salieron de la piscina justo cuando yo hacía subir bruscamente la temperatura del agua y los bañistas empezaban a chillar como locos, porque se abrasaban. Ellos dos fueron los primeros en ayudar a salir de la piscina a los que se quemaban. La chica es rubia, muy atractiva, y lucía la pieza inferior de un bikini plateado, que apenas le cubría lo que ella no quería enseñar. El tipo es alto, fuerte, de pelo negro y ensortijado, apuesto...

Alvaro Umetelli y el doctor Woronin cambiaron una mirada, a punto ambos de sufrir un ataque de nervios, pues sabían que Magath se refería a Eric Rischer y Nadia Hagen.

Y, siendo ellos dos los clientes que el loco exigía como rehenes, el plan del ingeniero espacial se venía irremisiblemente abajo, pues ya no podría intentar sorprender a Magath.

Este preguntó:

—¿Saben a quiénes me refiero, señor Umetelli?

—Pues en este momento... —carraspeó el gerente.

—Oh, vamos, tienen ustedes que saberlo. Esa pareja les ayudó a atender a las personas que sufrieron quemaduras, doctor Woronin.

El médico titubeó.

—Me ayudaron varios clientes, Magath. Y así, de pronto... El loco de la Galaxia compuso un gesto de enfado.

—Estamos perdiendo el tiempo, y no hay cosa que me disguste más. Me consta, por otra parte, que ambos saben de sobra a qué pareja me refiero, así que vaya usted en su busca, señor Umetelli, e invítelos a dar ese paseo. Quiero que los traiga con usted. Si me

trae otros, lo lamentará. Me gusta la chica rubia, ¿entiende?

Alvaro Umetelli y el doctor Woronin entendieron perfectamente, y sintieron sendos escalofríos.

Magath,

para

concluir,

advirtió:

—Siga usted mis instrucciones al pie de la letra, señor Umetelli, porque le estaré vigilando, y a la menor sospecha de que intenta jugármela, se acabó. Y cuando digo «se acabó», ya sabe usted a qué me refiero. Adiós hotel Cosmos, adiós clientes, y adiós empleados. Todos al infierno.

El loco de la Galaxia cortó la llamada y su rostro desapareció de la pantalla del videófono.

*

*

*

Eric Rischer y Nadia Hagen yacían sobre la redonda cama, sus cuerpos desnudos totalmente relajados ya. Se miraban a los ojos, mientras se acariciaban mutuamente, con suavidad y ternura.

—Esta vez hemos tenido suerte, Nadia.

—Sí, nadie nos ha interrumpido —sonrió ella.

—¿Te sientes feliz?

—No.

—¿Cómo es eso? ¿Esperabas de mí...?

—No digas tonterías. Eres un amante hábil y experto, en tus brazos he gozado más que en los de ningún otro hombre.

—¿Entonces...?

—La culpa de que no me sienta feliz en estos momentos, la tiene Magath.

—Oh, ya entiendo. Temes que mi plan no dé resultado.

—Así es.

—Deberías confiar un poco más en mí, cariño.

—Lo siento, no puedo evitar el pensar que quizá haya sido ésta la primera y la última vez que tú y yo hemos gozado juntos.

—Por favor, no pienses eso.

—Tú sabes que puede ser así, Eric.

—Te demostraré que estás equivocada.

—¿Cómo?

—Encendiendo de nuevo

la llama de tu pasión.

—¿Y si luego no te encuentras con fuerzas para apagarla...? —sonrió picaramente Nadia.

—Soy un bombero de primera, no temas —repuso Eric, y la besó con ardor.

Nadia le cercó el cuello con sus brazos y colaboró activamente en el beso, mientras las manos de Eric se lo acariciaban todo con avidez.

Apenas un par de minutos después, sonaba el timbre de la habitación. Eric y Nadia dejaron de besarse.

—Parece que la suerte nos vuelve la espalda, cariño —dijo él.

—Sí, no vamos a poder repetir —repuso ella, con una ligera sonrisa.

—Debe de ser el gerente.

—¿Habrá llamado Magath?

—Sospecho que sí.

Nadia Hagen no pudo evitar un estremecimiento.

—Será mejor que nos vistamos, Eric.

—Sí, no debemos hacer esperar al señor Umetelli.

Eric y Nadia abandonaron la cama, se vistieron con rapidez, y salieron del dormitorio. Fue el ingeniero espacial quien abrió la puerta, y Alvaro Umetelli y el doctor Woronin entraron en la habitación, visiblemente preocupados.

—Magath acaba de llamar, señor Rischer —informó el gerente.

—¿Y...?

—Me indicó dónde tengo que llevarle el dinero, pero no quiere que

vaya solo, sino acompañado por un par de clientes del hotel, a los que tomará como rehenes para que yo no avise a la policía espacial después de hacerle entrega del millón de sestercios espaciales.

—Un par de rehenes... —murmuró Nadia.

—Bueno, eso no altera mi plan, señor Umetelli —opinó Eric.

—Sí lo altera, señor Rischer —habló el doctor Woronin—. Es más, yo diría que lo anula.

—

¿Por

qué?

—Dígaselo usted, señor Umetelli

—prefirió el médico.

El gerente del hotel Cosmos inspiró profundamente y comunicó:

—Magath exige que usted y la señorita Hagen sean los rehenes, señor Rischer. Eric y Nadia se miraron, sorprendidos.

—¿Por qué precisamente nosotros, señor Umetelli...? —preguntó el ingeniero espacial. El gerente se lo explicó, sin omitir que a Magath le gustaba Nadia.

Al oír esto último, la muchacha palideció, pues adivinaba que el loco asesino tenía intención de divertirse con ella.

Eric se dio cuenta de ello y la abrazó cálidamente.

—No tengas miedo, Nadia. Magath no abusará de ti, porque yo no se lo permitiré. Y si para impedirlo tengo que matarle, lo mataré.

—¿Están dispuestos a acompañarme, señor Rischer? —preguntó Alvaro Umetelli.

—Naturalmente. En primer lugar, porque no podemos negarnos. Y, en segundo lugar, porque es la única manera de atrapar a Magath. Cierto es que ello altera mi plan, pero en absoluto lo anula. Será más difícil, desde luego, sorprender a Magath. Pero lo intentaré de todos modos. No hay alternativa.

CAPITULO XI

Alvaro Umetelli poseía un magnífico vehículo volador de cuatro plazas, y en él se dirigió al lugar indicado por Magath, en compañía de Eric Rischer y Nadia Hagen.

Nadia se había cambiado de ropa, pues los breves shorts y la miniblusa de flecos no eran lo más apropiado para ir al encuentro de El loco de la Galaxia, y más sabiendo los planes que éste tenía con respecto a ella.

La muchacha, ahora, lucía un ajustado traje color salmón, de una sola pieza. Estaba igualmente atractiva con él, desde luego, porque dibujaba todas y cada una de sus curvas, pero al menos no enseñaba ninguna.

Ella y Eric ocupaban los asientos traseros del vehículo volador, expertamente pilotado por el gerente del hotel Cosmos, quien llevaba, en el asiento de al lado, un maletín conteniendo el millón de sestercios espaciales que exigía Magath por no destruir el hotel y acabar con todas las personas que en ese momento se encontrasen en él.

Los tres viajaban muy callados y pensativos.

Eric se fijó en Nadia, encontrándola pálida y ligeramente temblorosa. Tenía motivos para ello, desde luego.

Eric le cogió la mano y se la apretó con suavidad.

—Tienes que serenarte, Nadia. Recuerda que Magath ignora que nosotros sabemos bien lo que está pasando, y si nos ve asustados, sospechará que el señor Umetelli nos puso al corriente de todo. Debemos mostrarnos tranquilos y alegres, complacidos de que el señor Umetelli nos invitara a dar un paseo por Zoltano en su precioso vehículo volador.

La muchacha asintió levemente con la cabeza.

—Lo intentaré, Eric. No quiero que todo se vaya al traste por mi culpa. Rischer le dio un beso en la mejilla y dijo:

—Comprendo que no es fácil para ti, cariño; pero debes hacer un esfuerzo. Te pido, también, que confíes en mí. Soy capaz de todo antes que permitir que ese loco de Magath te haga suya. Significas demasiado para mí, Nadia.

—Oh, Eric, amor mío... —musitó la muchacha, y ahora fue ella la que le besó, en los labios.

Alvaro Umetelli no pronunció palabra alguna, porque estaba tan asustado como

Nadia Hagen. Siguió pilotando su vehículo volador, que ya se estaba acercando al lugar señalado por El loco de la Galaxia.

Pocos minutos después, divisaban el lugar.

Un lugar precioso, como casi todos los que formaban la superficie de Zoltano. Era, eso sí, muy solitario, pues se hallaba bastante alejado de los hoteles y ciudades que se habían venido levantando en el hermoso planeta.

—Aquí es —dijo Umetelli, preparándose ya para realizar la maniobra de aterrizaje. Eric y Nadia escrutaron el lugar disimuladamente, pero no descubrieron a Magath. Y, mucho menos, su nave.

Umetelli hizo descender verticalmente su vehículo volador y lo posó en el suelo, apagando seguidamente los motores-cohete.

Siguiendo con la comedia, que había empezado adoptando gestos risueños y felices, Eric

preguntó:
—¿Por qué nos detenemos en este hermoso lugar, señor Umetelli?
—Quiero enseñarles algo —respondió el gerente, representando también su papel—. Vamos, bajen —rogó, tomando el maletín del dinero.
Descendieron los tres del vehículo volador.
—¿Qué es lo que quiere mostrarnos, señor Umetelli? —preguntó Nadia, cogida de la mano de Eric.
—No hay nada que mostrar, preciosa —dijo una voz.
Umetelli, Eric y Nadia se quedaron quietos.
Era Magath quien había hablado, pero no se veía por ninguna parte. Sin embargo, su voz había sonado muy cerca.
Eric Rischer adivinó que Magath hablaba a través de un pequeño transmisor, el cual debía de hallarse oculto entre la hierba que cubría el suelo.
—¿Fue usted quien dijo eso, señor Umetelli...? —preguntó Eric, para disimular.
Antes de que el gerente respondiera, El loco de la Galaxia dejó oír de nuevo su voz:
—No, fui yo, amigo. Me llamo Magath, y el señor Umetelli os ha traído a este lugar porque yo se lo ordené.
Eric y Nadia miraron al gerente del hotel Cosmos, como exigiéndole una explicación.
—¿Qué significa esto, señor Umetelli...? —inquirió el ingeniero espacial.
—Pues... —carraspeó el gerente.
—Ni una palabra más, señor Umetelli —prohibió Magath—. Las explicaciones las daré yo, pero cuando usted se haya marchado. ¿Dónde está el dinero?
—En el maletín.
—Déjelo en el suelo y lárguese.

Alvaro Umetelli depositó el maletín sobre la hierba, montó en su vehículo volador, encendió los motores- cohete, dirigió una última mirada a Eric Rischer y Nadia Hagen, y se alejó, perdiéndose rápidamente de vista.

*
*
*

Mientras el vehículo volador de Alvaro Umetelli se alejaba, Magath se mantuvo callado. Tampoco Eric Rischer y Nadia Hagen pronunciaron palabra alguna, limitándose a seguir con la mirada el vuelo del vehículo del gerente del hotel Cosmos.

Cuando el aparato volador desapareció en el cielo, El loco de la Galaxia explicó:

—Le exigí un millón de sestercios espaciales al señor Umetelli, por no destruir su hotel, así como un par de rehenes para asegurarme la huida de Zoltano. Y vosotros sois esos rehenes.

Eric y Nadia siguieron callados.

—Decidme vuestros nombres —ordenó Magath.

—Yo me llamo Eric Rischer —respondió el ingeniero.

—¿Y tú, rubia...?

—
Nadia
Hagen.
—¿Sabéis que yo soy el responsable de lo ocurrido esta mañana en la piscina del hotel
Cosmos...?
Eric y Nadia fingieron
sorprenderse mucho.
A continuación, Magath, siempre a través del pequeño transmisor que previamente había ocultado entre la hierba, les habló de su cañón de ondas caloríficas o gélidas, aunque lo hizo con brevedad.
Eric y Nadia siguieron simulando no saber una palabra de lo que les decía El loco de la
Galaxia.
—¿Dónde está usted? —preguntó el ingeniero—. Le
oímos, pero no le vemos. Magath desgranó una risita.
—Yo sí os veo a vosotros. Y os veo tan cerca, que parece que puedo tocaros. Sin embargo, estoy muy lejos. Pero no penséis por ello que podéis huir de mí, ¿eh? Os convertiría en antorchas o en estatuas de hielo con mi cañón. Para que tengáis una idea, os haré una demostración rápida. Fijaos en ese árbol que tenéis frente a vosotros.
Eric y
Nadia
miraron
el árbol.
Súbitamente, sus ramas
comenzaron a arder.
También del tronco
brotaban llamas.
El árbol
parecía una
enorme fogata.
Las oleadas de calor alcanzaron a Eric y Nadia, teniendo ambos que retroceder unos pasos, terriblemente impresionados por el poder
destructivo del cañón de Magath.
De repente, las llamas perdieron intensidad y luego fueron desapareciendo, como si un invisible equipo de bomberos hubiese empezado a funcionar y estuviese extinguiendo rápidamente el fuego.
En cuestión de segundos,
el árbol dejó de arder.
Pero la demostración de Magath
no había terminado.

Tras apagar el fuego con ondas de frío, siguió manejando su cañón, enviando nuevas ondas gélidas sobre el árbol quemado, al tiempo que aumentaba su intensidad.

El resultado fue que el árbol quedó totalmente cubierto de hielo.

¡Y en tan sólo unos segundos!

Eric Rischer y Nadia Hagen contemplaban el árbol con ojos agrandados. Magath emitió una risita y preguntó:

—¿Qué os ha parecido la demostración, parejita?

—Realmente impresionante —confesó Eric.

—No intentaréis escapar, ¿verdad?

—Desde luego que no. Aunque...

—¿Sí, Eric...?

—Bueno, no sé lo que piensa hacer usted con nosotros, Magath. Y me preocupa. Me preocupa mucho. Y a Nadia también.

—Desde luego —murmuró la muchacha, con la cara muy blanca. El loco de la Galaxia rió de nuevo.

—Es lógico que estéis preocupados, después de lo que acabáis de presenciar. Sin embargo, puedo aseguraros que no sufriréis ningún daño si sois obedientes. Haced todo lo que yo os diga, y podréis regresar al hotel Cosmos sanos y salvos.

—¿Qué quiere que hagamos, Magath? —preguntó Eric.

—En primer lugar, que os echéis sobre la hierba, de bruces, y crucéis las manos sobre la nuca. Voy a descender con mi nave, para recoger el dinero. Cuando esté ahí abajo, os indicaré algunas cosas más. Especialmente a ti, Nadia. Eres rabiosamente bonita. ¿No lo sabías?

La muchacha tuvo un fallo cardíaco, pues sospechaba la clase de indicaciones que le haría el loco asesino.

—Vamos, tumbaos en el suelo —apremió Magath. Eric y Nadia no tuvieron más remedio que obedecer.

Instantes después, escuchaban un zumbido, cada vez más claro y más fuerte. Era la nave de Magath, que descendía.

CAPITULO XII

Había llegado el momento de la verdad.

Magath *el loco de la Galaxia* iba a dar la cara.

Tenía que hacerlo, para recoger el millón de sestercios espaciales. Eric Rischer tenía todos los músculos en tensión.

¿Lograría sorprender a Magath...?

Su posición, lamentablemente, no podía ser más desfavorable. Echado de bruces en el suelo, y con las manos sobre la nuca, tenía escasas posibilidades, por no decir ninguna, de reaccionar con la necesaria rapidez.

¡Condenado Magath!

¿Por qué tenía que tomar siempre tantas precauciones...?

Eric dejó de lamentarse con el pensamiento, porque de nada servía. El zumbido de la nave de Magath sonaba ya muy próximo.

Tan sólo unos segundos después, dejaba de oírse. La nave se había posado ya en el suelo.

Eric y Nadia no podían verla, pero indudablemente se hallaba muy cerca de ellos.

—Eric... —musitó la muchacha, muy débilmente, para que su voz no pudiera ser captada por El loco de la Galaxia.

El ingeniero la miró y sonrió con suavidad.

—Animo, Nadia. Todo saldrá bien —respondió en el mismo tono.

—Estoy aterrada.

—No temas, me tienes a tu lado. Y sabes que daré mi vida por ti, si es necesario.

No pudieron hablar más, porque Magath ya venía hacia ellos, esgrimiendo el objeto cilíndrico que utilizara para convertir en estatuas de hielo a Yanis Belov y su esposa.

—Seguid tumbados —ordenó el loco, apuntándoles con su arma—. Esto que llevo en la mano es tan peligroso como el cañón, pues causa los mismos efectos, aunque sea mucho más pequeño. Si veo que os movéis, haré con vosotros lo mismo que hice con el árbol.

Eric y Nadia no movieron un solo dedo.

Magath se acercó al maletín del dinero, puso una rodilla en tierra, y lo abrió. Al verlo repleto de fajos de sestercios espaciales, sus ojos

brillaron codiciosamente.
—Qué grande soy, madre —murmuró, satisfecho de sí mismo. Cerró el maletín y se irguió, dejándolo por el momento en el suelo. Desde allí, distanciado media docena de metros de Eric y Nadia, indicó:
—Puedes ponerte en pie, rubia.
—¿Y yo...? —preguntó al instante Eric.
—No, tú continúa así.
—Me siento incómodo, Magath.
—Mejor incómodo que abrasado o congelado. ¿O no...?
—Por supuesto que sí —rezongo Eric. Magath rió y apremió:
—Vamos, preciosa, levántate.
—Yo me siento muy cómoda —dijo nerviosamente Nadia.

—¡Hombre, eso tiene gracia! —exclamó el loco, riendo otra vez—. Estáis los dos igual, y mientras el uno se siente incómodo, el otro se siente cómodo. ¡En pie, rubia!

Nadia no tuvo más remedio que levantarse.

—Acércate —indicó Magath.

La joven miró a Eric, quien, con un leve gesto, le pidió que obedeciera. Nadia avanzó tres pasos, más bien cortos.

Magath la escrutó de pies a cabeza.

—¿Sabes que posees un cuerpo portentoso...? —dijo, tras el repaso visual.

—Muchas gracias.

—Sin embargo, me gustabas más en la piscina, cuando sólo llevabas la pieza de abajo del bikini plateado, tan reducida, que apenas podía distinguirse.

—Me gustan así de pequeños.

—Quítate el traje.

—¿El traje? —respingó Nadia.

—Sí.

—No estoy en la piscina.

—¿Y eso qué importa? —rió Magath—, A mí me apetece verte completamente desnuda, y tú debes complacerme. Te conviene, ¿sabes?

Eric Rischer intervino:

—Eso no está bien, Magath.

—¿Quién ha pedido tu opinión?

— Nadie, pero...

—Será mejor que te calles, Eric. Nadia hará lo que yo le diga, porque si se niega, os liquidaré a los dos.

El ingeniero guardó silencio. Magath masculló:

— Estoy esperando, guapa.

Nadia consultó con la mirada a Eric. Este aconsejó:

—Obedece, Nadia. Ya has oído que nos matará, si te niegas a quitarte el traje.

La muchacha bajó los ojos y se quitó las botas, porque si no se descalzaba primero, no podía despojarse del ceñido traje. Después, hizo correr el cierre de la cremallera y el traje se abrió desde el cuello hasta algo más abajo del ombligo.

Nadia sacó los brazos de las mangas y quedó con el torso desnudo.

Magath observaba con un ojo a la muchacha y con el otro a Eric, quien, absolutamente impotente por el momento, contemplaba la escena.

Nadia se sacó el traje y quedó en pantaloncitos, casi tan reducidos

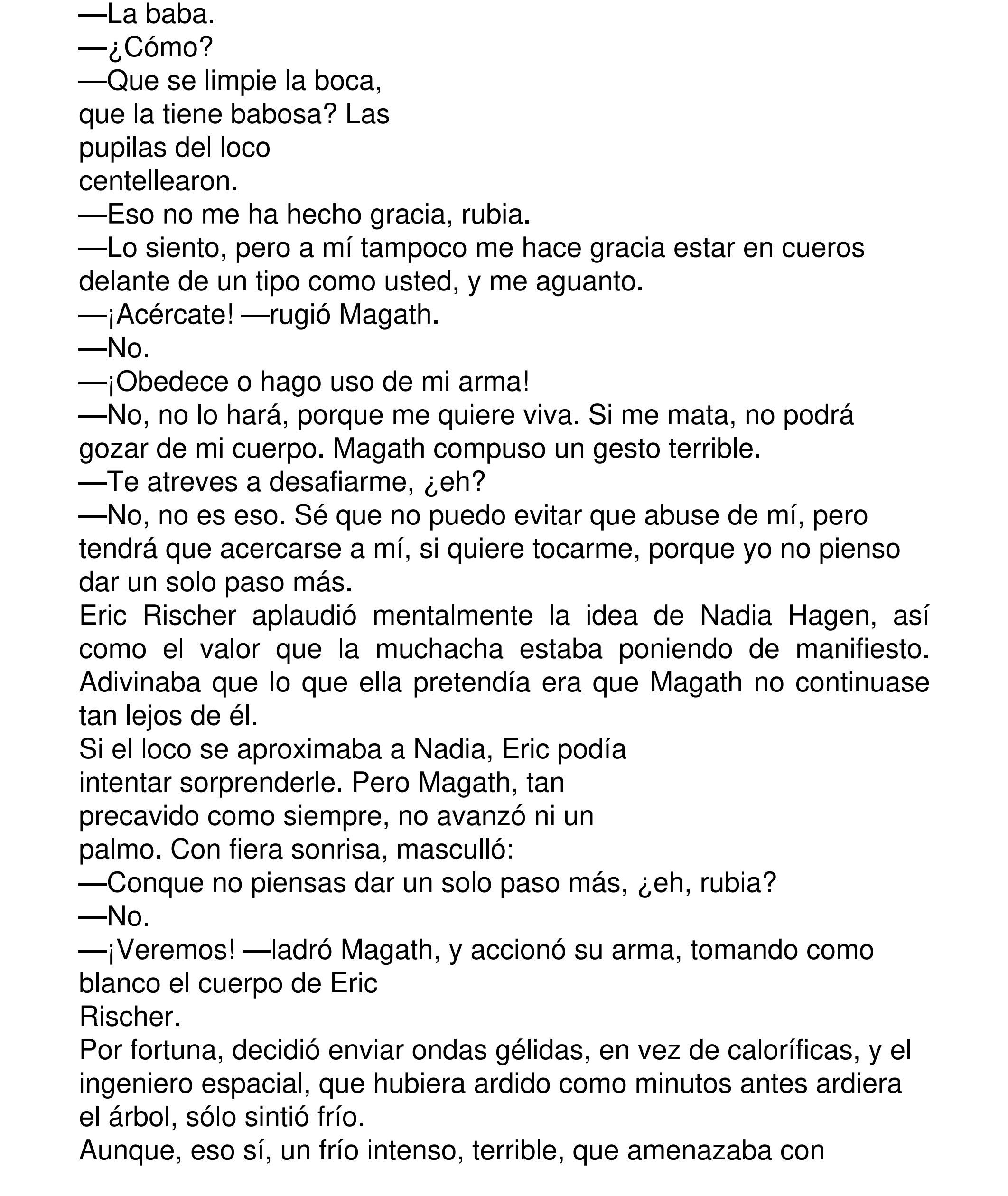
como la pieza inferior del bikini que luciera en la piscina.

—Fuera eso también, rubia —ordenó el loco.

Nadia tuvo unos segundos de vacilación, pero finalmente obedeció.

¿Qué otra cosa podía hacer?

Magath les estaba apuntando con su arma, y Nadia comprendía que Eric no tenía la menor posibilidad de sorprender al loco. Tal vez, más adelante, se le presentara, pero por el momento era imposible.

La joven, completamente desnuda, miró a Magath.
—Era esto lo que quería, ¿eh?
—Sí, preciosa.
—Bien, pues míreme cuanto quiera. No le voy a
cobrar nada por ello. Magath rió.
—Tienes unas salidas muy buenas, rubia. Pero no me voy a conformar con mirarte,
¿sabes? Quiero tocarte, acariciar tus hermosas formas con mis manos, ver cómo te estremeces de placer...

—La baba.
—¿Cómo?
—Que se limpie la boca,
que la tiene babosa? Las
pupilas del loco
centellearon.
—Eso no me ha hecho gracia, rubia.
—Lo siento, pero a mí tampoco me hace gracia estar en cueros delante de un tipo como usted, y me aguanto.
—¡Acércate! —rugió Magath.
—No.
—¡Obedece o hago uso de mi arma!
—No, no lo hará, porque me quiere viva. Si me mata, no podrá gozar de mi cuerpo. Magath compuso un gesto terrible.
—Te atreves a desafiarme, ¿eh?
—No, no es eso. Sé que no puedo evitar que abuse de mí, pero tendrá que acercarse a mí, si quiere tocarme, porque yo no pienso dar un solo paso más.
Eric Rischer aplaudió mentalmente la idea de Nadia Hagen, así como el valor que la muchacha estaba poniendo de manifiesto. Adivinaba que lo que ella pretendía era que Magath no continuase tan lejos de él.
Si el loco se aproximaba a Nadia, Eric podía
intentar sorprenderle. Pero Magath, tan
precavido como siempre, no avanzó ni un
palmo. Con fiera sonrisa, masculló:
—Conque no piensas dar un solo paso más, ¿eh, rubia?
—No.
—¡Veremos! —ladró Magath, y accionó su arma, tomando como blanco el cuerpo de Eric
Rischer.
Por fortuna, decidió enviar ondas gélidas, en vez de caloríficas, y el ingeniero espacial, que hubiera ardido como minutos antes ardiera el árbol, sólo sintió frío.
Aunque, eso sí, un frío intenso, terrible, que amenazaba con

congelarle en muy poco tiempo.
—¡No, Magath...! —chilló Nadia, adivinando que el loco tenía el propósito de convertir a
Eric en una estatua de hielo—.
¡Basta, se lo suplico! El loco de
la Galaxia interrumpió su
acción.
—¿Me obedecerás, rubia?
—¡Sí!
—¿En todo?
—¡Sí!

—¡Acércate!
Nadia dio unos pasos y se detuvo a medio metro escaso del loco.
Magath alargó su mano izquierda y palpó los altivos senos de la muchacha, estremecidos, como todo su cuerpo.
Nadia cerró los ojos,
húmedos de lágrimas.
Se había equivocado.
Y su equivocación casi le había costado la vida a Eric.
El ingeniero, muy encogido, temblaba
alarmantemente sobre la hierba. Tenía los ojos
cerrados.
Magath se dijo que Eric ya no estaba en condiciones de intentar nada, y dejó de prestarle atención.
Se la prestó toda a Nadia.
La muchacha permitió que el loco asesino toqueteara su cuerpo desnudo, pues ya se había resignado totalmente a su suerte.
Magath era demasiado poderoso, no se le podía sorprender de ninguna de las maneras.

CAPITULO XIII

Eric Rischer no pensaba lo mismo.

Se podía sorprender a Magath, y él lo iba a intentar muy pronto, en cuanto el loco se decidiese a poseer a Nadia Hagen.

Las ondas de frío, evidentemente, le habían restado fuerzas, pero no tantas como parecía. Eric estaba exagerando los efectos de las descargas gélidas, para confiar a Magath y tener mayores posibilidades de sorprenderle.

El loco le echó una mirada.

Como vio que continuaba hecho una bola, tiritando de frío, sonrió y dijo:

—Tu amigo lo está pasando muy mal, rubia.

Nadia volvió la cabeza y contempló a Eric a través de sus lágrimas.

—Es usted cruel, Magath.

—No debiste desafiarme, preciosa. Si me hubieras obedecido desde el principio, no habría descargado mi ira sobre Eric.

—Ayúdele a recuperarse, por favor.

—No temas, no se morirá.

—Yo no estoy tan segura.

—Si te esfuerzas por proporcionarme placer, le enviaré unas

cuantas ondas caloríficas y le quitaré todo ese frío de encima.

—Lo haré, se lo prometo. Pero ayude primero a Eric.

—No, le ayudaré después.

—Ahora, se lo Suplico —insistió Nadia.

—No, no puede ser. Me conviene que Eric siga así, para que no me cause problemas. Cuando me haya divertido contigo, haré que se recupere, te doy mi palabra. Vamos, tiéndete en el suelo.

Nadia obedeció, mientras se preguntaba si Magath cumpliría su palabra o los mataría a los dos, cuando hubiese gozado de ella.

El loco tenía pensado lo segundo.

No le convenía dejar con vida a Eric y Nadia, porque serían un estorbo para él, además de una preocupación. Eliminándolos, se quedaría más tranquilo.

No los necesitaba vivos, tampoco, porque Magath estaba seguro de que Alvaro Umetelli no avisaría a la policía espacial hasta que Eric y Nadia regresasen al hotel.

Y como no regresarían nunca...

Magath, sin dejar de apuntar en ningún momento a Nadia con su temible arma, se tendió sobre ella y comenzó a besarla, mientras se preparaba para poseerla.

Eric Rischer decidió que era el momento de actuar.

Magath no le prestaba ninguna atención, por lo que no le vio incorporarse lentamente. Quien sí le vio fue Nadia Hagen, quien, involuntariamente, casi lo echa todo a perder, pues dio un fuerte respingo al ver que el ingeniero espacial tenía fuerzas para ponerse en pie.

Estuvo a punto de gritar de alegría.

Menos mal que no lo hizo, aunque el sobresalto de su cuerpo desnudo fue suficiente

para poner en guardia a Magath.
El loco ladeó la cabeza
y miró a Eric Rischer.
Lo vio erguido.
Y presto a atacarle.
Ahora fue Magath quien respingó.
—¡Maldición! —rugió, apuntando velozmente al ingeniero con su poderosa arma.
—¡Cuidado, Eric! —chilló Nadia, propinándole un empujón al loco.
Magath accionó su arma, pero las ondas de frío intenso no alcanzaron a Eric Rischer, gracias a la rápida intervención de Nadia Hagen.
El loco intentó rectificar, pero ya no le dio tiempo, pues Eric cayó sobre él y le aferró el brazo derecho, impidiendo que Magath pudiera apuntarle con su arma.
En condiciones normales, Eric Rischer no hubiera tenido la menor dificultad para reducir a Magath, dada su juventud y corpulencia, pero las fuerzas restadas por las ondas gélidas equilibraban la lucha.
Es más, la balanza parecía inclinarse del lado de Magath, quien, pese a su corta talla y a su delgadez, poseía mucho vigor. Y, como sus fuerzas estaban íntegras, amenazaba con imponerse al ingeniero en la pelea.
Eric le propinó un golpe en el rostro, con el puño izquierdo, pero Magath lo encajó bien,
al no tratarse de un puñetazo potente, y respondió con un golpe al cuello, asestado con el filo de la mano.
El ingeniero emitió un
rugido de dolor.
Evidentemente, Magath
sabía dónde golpeaba. Y
cómo golpear, también.
Lo demostró á continuación, disparando su rodilla derecha e incrustándola entre los muslos de su rival.
Eric lanzó un alarido, porque el dolor que sintió en sus órganos genitales fue terrible, y
casi quedó a merced del loco.
Nadia Hagen, comprendiendo que Eric Rischer andaba muy escaso de fuerzas, por culpa de las ondas de frío que su cuerpo recibiera, se lanzó decididamente en su ayuda, todavía sin ninguna ropa encima.
—¡Toma, asesino, toma! —gritó, golpeando la fea cara de Magath.
El loco rugió, porque uno de los golpes lo recibió en el ojo izquierdo.

Casi en seguida, recibió otro en la nariz. Y luego, uno en plena boca. Consciente de que el mayor peligro radicaba en el arma que empuñaba Magath, y que éste no podía utilizar por el momento, porque Eric, pese a su dolor y falta de fuerzas, seguía aferrando desesperadamente la muñeca del loco, Nadia intentó arrebatársela. Para ello, lo primero que hizo fue arrearle un mordisco en la mano, hincándole los dientes sin piedad.

Magath lanzó un aullido y soltó el arma. Nadia se apoderó rápidamente de ella.

—¡Le he quitado el arma, Eric! —gritó.

—¡Bravo, Nadia! —respondió el ingeniero, y le atizó un puñetazo al loco en el hígado. Magath aulló de nuevo, pues, aunque el golpe no fue excesivamente duro, resultó preciso y colocado, y le hizo mucho daño.

El loco, rabioso, intentó librarse del ingeniero, catapultándolo.
Lo consiguió, colocándole los pies en el estómago y desplegando las piernas con todas sus fuerzas.
Eric cayó un par de metros más allá.
Nadia se asustó al ver que Magath se deshacía de Eric, y retrocedió a toda prisa, gateando sobre la hierba.
Magath se puso en pie de un salto.
Sangraba por la nariz y por la boca.
También tenía sangre en la mano derecha.
—¡Ahora sabrás lo que es bueno, perra! —rugió, y se arrojó como una fiera sobre Nadia.
—¡Toma, Eric! —gritó la muchacha, lanzándole el arma al ingeniero. No quería que Magath la recuperara.
—¡Maldita! —relinchó el loco, y le soltó un tremendo revés.
Nadia quedó tendida sobre la hierba, medio atontada por el golpe. Magath se volvió hacia Eric Rischer.
El ingeniero había atrapado al vuelo el arma, y la estaba observando. No entendía su manejo.
Magath, consciente de lo peligroso que para él era que Eric tuviese el arma en sus manos, se aprestó a recuperarla.
—¡Suelta eso, maldito! —ladró, lanzándose sobre el ingeniero espacial.
Eric Rischer, que sabía que no podía confiar demasiado en sus fuerzas, todavía minadas por las ondas de frío que su cuerpo recibiera, apuntó a Magath con el arma y pulsó al azar uno de los varios y diminutos botones de vivos colores que sobresalían en el cilíndrico objeto.
El resultado no pudo ser más terrible para Magath, cuyo cuerpo se convirtió de golpe en una antorcha.
El loco empezó a dar brincos y alaridos, al sentir las múltiples y dolorosas mordeduras del fuego en su carne.

Eric dejó de pulsar el botón, pues no era su intención carbonizar a Magath. Inmediatamente pulsó otro botón, confiando en que el arma enviara ahora ondas gélidas y apagasen las llamas que abrasaban al loco.

Magath se había derrumbado y se retorcía en el suelo, sin dejar de chillar.

El arma, por suerte para él, emitió ondas de frío intenso.

Una suerte relativa, claro, pues cuando las ondas gélidas consiguieron ahogar el fuego que devoraba su cuerpo, Magath había sufrido ya horribles quemaduras.

Pero, menos, seguía con vida.

*

*

*

Eric Rischer dejó de accionar el arma.

Magath ya no chillaba ni se retorcía, porque se había desvanecido, incapaz de resistir

tanto dolor.

Su cuerpo, lleno de quemaduras, producía escalofríos. Nadia Hagen lo contemplaba, horrorizada.

Eric se puso en pie y se acercó a la muchacha, caminando torpemente.

Ella se irguió también, toda temblorosa. Se abrazaron.

—¿Estás bien, Nadia?

—Sí, Eric. ¿Y tú...?

—Regular, solamente.

—Tu cuerpo sigue frío.

—Lo sé. Pero prefiero tenerlo frío que abrasado. Veo el cuerpo de Magath, y se me ponen los pelos de punta.

—El se lo buscó.

—Yo no tenía idea de cómo funcionaba el arma. Pulsé el botón de las ondas caloríficas intensas sin saber que era ése. Menos mal que inmediatamente después acerté con el botón de las ondas de frío intenso y las llamas se apagaron. Magath no está muerto, pero le quedará un terrible recuerdo de este día.

—Repito

que él se lo buscó.

Eric se separó ligeramente de Nadia.

—Vístete, cariño. Avisaremos a la policía espacial desde la nave de Magath. Ellos, a su vez, se encargarán de avisar al Centro Médico.

EPILOGO

Eric y Nadia no tuvieron dificultad para encontrar la nave de Magath.

El ingeniero, que poco a poco iba recobrando las fuerzas, a medida que iba desapareciendo el frió de su cuerpo, se puso en contacto con la policía espacial y les informó de todo, aunque con brevedad.

Ya les ampliaría los detalles, más tarde.

Mientras la policía espacial acudía al lugar de los hechos, Eric y Nadia recorrieron la nave de Magath. Lo que más les impresionó, lógicamente, fue el poderoso cañón de ondas caloríficas o gélidas.

Afortunadamente, Magath no volvería a utilizarlo jamás, porque se pasaría en prisión todo el tiempo que le quedaba de vida.

La policía espacial se presentó pronto.

Con ellos venía una aeroambulancia, en la que Magath, todavía desvanecido, fue trasladado al Centro Médico, custodiado por una pareja de policías espaciales.

Eric informó con más detalle a los agentes de la ley, recibiendo las felicitaciones de éstos por la captura de un hombre tan peligroso y tan difícil de atrapar como Magath.

La propia policía espacial llevó a Eric y Nadia al hotel Cosmos.

Alvaro Umetelli y el doctor Woronin brincaron de alegría al verles regresar, sanos y salvos, y con el maletín que contenía el millón de sestercios espaciales.

Eric y Nadia, claro, informaron también al gerente y al médico de todo lo sucedido.

—¡Tendrá usted su recompensa, señor Rischer! —exclamó Umetelli, eufórico—, ¡Y habrá otra para usted, señorita Hagen! ¡Fue muy valiente, también!

—¡Ya lo creo que lo fue! —estuvo de acuerdo el doctor Woronin. Minutos después, Eric y Nadia entraban en la habitación de ésta última

—¿Nos sentamos en el diván, Eric? —sugirió ella.

—No, nos vamos a la cama. Aún siento un poco de frío, y quiero que tú me ayudes a entrar en calor —respondió él.

Nadia sonrió de una manera muy especial.

—Lo haré encantada, cariño.

—Lo malo es que Magath me atizó un rodillazo en mal sitio, y no sé si...

—No te preocupes por eso —rió la muchacha—, ¡Tenemos mucho tiempo por delante!

—Toda una vida —respondió Eric, porque ya había decidido casarse con Nadia, a la que besó y acarició, mientras caminaban

hacia el dormitorio.

F
I
N


Si le gusta lo más escalofriante,
lo más insospechado, lo menos absurdo,
lo no apto para lectores nerviosos...
lea y saboree cualquier relato de la
Selección
TERROR
que se los ofrece ahora semanalmente
y en cada uno de los cuales hallará siempre
las mejores novelas escritas por los más
afamados expertos en el género.
¡Asegure su ejemplar!
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.
Impreso en España